

La Esfera

Año V Núm. 224

Precio: 60 cénts.



ALDEANA, cuadro de R. Aguado Arnal

Belleza en el Baile

La belleza refinada de su tez excitará la admiración de la alta sociedad si Ud. usa

"NIEVE 'HAZELINE'"

(Marca de Fábrica)
("'Hazeline' Snow" "Trade")

Pone el cutis suave y blanco

En todas las Farmacias y Droguerías
Burroughs Wellcome y Cia.
Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían obtener la Crema 'Hazeline.'

Sr.P. 1332

All Rights Reserved

UNDERWOOD



Campeón

de las
Máquinas de escribir

G. TRÜNIGER Y C.º

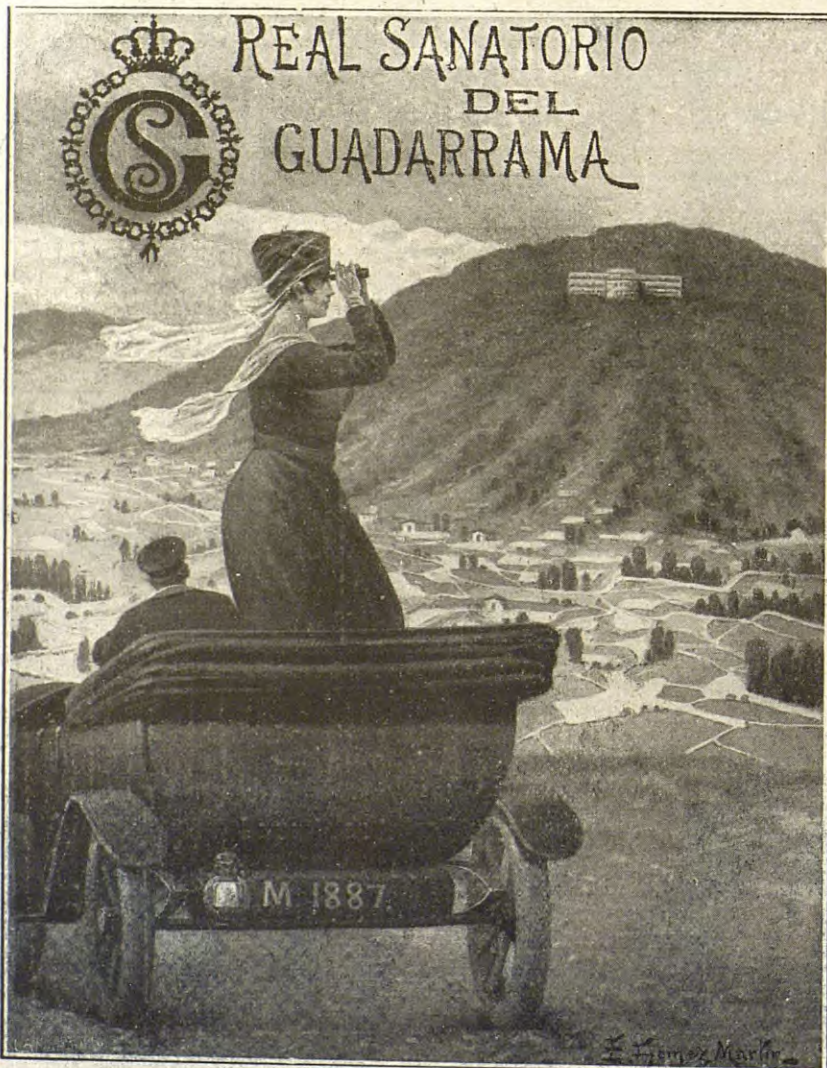
Balmes, 7, Barcelona.

Alcalá, 39, Madrid.

CASA SUIZA

SIBERIA

FOIE GRAS Trufado "SIBERIA"
el mejor sobrealimento.
Muy útil para sanwich y emparedados.



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.

Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, Barquillo, 3, Madrid

Conviene a V.

tomar esta agradable pastilla de



LAXEN BUSTO

después de la cena, para regularizar el vientre, venciendo su ESTREÑIMIENTO



SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Diríjase a esta Administración, Heemosilla, 57

HIPOFOSFITOS: =SALUD

DA VIDA Y VIGOR A LOS DEBILES



AVISO: AL COMPRAR EL FRASCO FIJARSE SI CON TINTA ROJA SE LEYEN HIPOFOSFITOS SALUD EN LA ARGENTINA PIDASE HIPOFO-SALUD



Un enjambre de novios tiene Pura desde que usa productos PECA-CURA. Triste y sola se encuentra la de Rodvos por u ar ctra crema y otros plvos.

Jabón, 1,40. — Crema, 2,10. — Polvos, 2,20. — Agua cutánea, 5,50. — Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO



PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

LA ESFERA - MUNDO GRÁFICO - NUEVO MUNDO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

LA ESFERA

Madrid y provincias.....	{ Un año	30 pesetas
	{ Seis meses.....	18 >
Extranjero.....	{ Un año	50 >
	{ Seis meses.....	30 >
Portugal.....	{ Un año	35 >
	{ Seis meses.....	20 >

MUNDO GRÁFICO

Madrid y provincias.....	{ Un año	15 pesetas
	{ Seis meses.....	8 >
Extranjero.....	{ Un año	25 >
	{ Seis meses.....	15 >
Portugal.....	{ Un año	18 >
	{ Seis meses.....	10 >

NUEVO MUNDO

Madrid y provincias.....	{ Un año	19 pesetas
	{ Seis meses.....	10 >
Extranjero.....	{ Un año	30 >
	{ Seis meses.....	16 >
Portugal.....	{ Un año	22 >
	{ Seis meses.....	12 >

Herrosílla, 57.-MADRID

JUSTO ORGULLO ESPAÑOL

Hoy, que la bibliomanía está enseñoreada de las inteligencias; cuando las imprentas prodigan sus producciones, persiguiendo con ellas un fin cultural pocas veces y un lucro las más; cuando todavía asistimos al nada edificante espectáculo de dotes intelectuales que, pudiendo ser útiles á la patria, se desvían por derroteros siniestros, elegidos únicamente como medio de un engrandecimiento material, no es tarea fácil, ciertamente, hallar un libro digno de incondicional aplauso, de admiración sincera y de los elogios francos con que debe premiarse toda labor que vaya encaminada á la difusión de una sana cultura y al refinamiento intelectual. España, no obstante, puede sentirse justa é íntimamente orgullosa de contar con una obra insuperable, merecedora de la simpatía y del entusiástico apoyo de todo hombre intelectual, de todo sér estudioso, de todo aquel en quien conjuntamente aniden el amor á la ilustración y el noble anhelo de ver elevarse á su país entre el número de las naciones cultas. En España tenemos una Enciclopedia que pretendió, sin duda, colocarse en los primeros puestos, y que ha logrado sobradamente su loable propósito: es la *Enciclopedia Universal Ilustrada*, que editan los señores Hijos de J. Espasa, de Barcelona. Con paso firme y seguro, esta importante Casa editorial va trabajando intensamente en la realización de sus patrióticos proyectos. Cada uno de los tomos publicados de la *Enciclopedia Espasa* constituye una afirmación rotunda de nuestro aserto; el tomo XXXV, que acaba de aparecer, es un galardón más para la Casa Espasa y una nueva prueba que los beneméritos editores nos ofrecen de su ímproba tarea y del inmenso esfuerzo que realizan, puesta la mirada en el sagrado amor á la cultura patria.

No cabe regatear las alabanzas á este nuevo tomo de la gran obra; que bien poco es unir el calor de nuestro entusiasmo y la sinceridad de nuestro aplauso á los éxitos que van coronando la labor de la Casa Espasa, en medio de las innúmeras dificultades con que funciona todo el organismo nacional. Pretensión vana fuera hacer un estudio detallado del contenido del tomo XXXV, que acabamos de examinar; que en él hay muy pocas páginas, por no decir ninguna, que no reclamen los honores de la crítica favorable. Y los reducidos límites á que hemos de contraernos en la redacción de un artículo bibliográfico, son la valla que nos priva extendernos hasta donde habríamos de llegar, para que nuestros lectores alcanzaran cuánto es el caudal de enseñanzas que se encierra en las 1.592 páginas de que consta el tomo, desde su primera voz, *Mich*, hasta la última, *Momzú*. Hemos, pues, de limitarnos forzosamente á enumerar algo de lo que más poderosamente ha llamado nuestra atención.

La extensa y documentadísima bibliografía continúa siendo una de las características de la obra. Tiene artículos realmente admirables, como los de *Mina*, *Mineral*, *Mineralogía*, *Minerva*, *Miniatura*, *Ministerio*, *Ministro*, *Misa*, *Misión*, *Misterio*, *Mitología*, *Moderador* (*Poder*), *Molinería*, *Molino*, etcétera, etc. Notables biografías, como las de *Miguel Angel*, *Anselmo Miguel Nieto*, *Mir*, *Mistral*, varios *Mohamed*, *Molière*, *Moltke*, etc., etc., con retratos de los personajes biografiados. En la parte de ilustración se destacan, principalmente, bellas láminas y notables grabados reproduciendo obras de artistas célebres; otras hermosas láminas en negro y en colores (*Mimetismo*, *Minerales y Rocas*, *Minerva*, *Miniatura*, etc., etc.); excelentes mapas (*Isla de Mindanao*, *Campaña de Mindanao*, *Cuenca del río Miño*, etcétera, etc.). La belleza global de este tomo está á la altura de sus precedentes, ya que no puede sobrepasar.

Nuevamente hemos, pues, de ofrecer á los inteligentes y laboriosos editores barceloneses señores Espasa, nuestra felicitación sincera por la labor que realizan.

Fotografía BIEDMA

23, Alcalá, 23

Casa de primer orden

Hay ascensor

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite gratis, á quien lo solicite,
Catálogos y su Boletín mensual

PEELE



*Soy una enamorada de los
productos "Peele," no uso otros*

*Aurora de laupet
de la Goya*

La famosa tonadillera "LA GOYA"

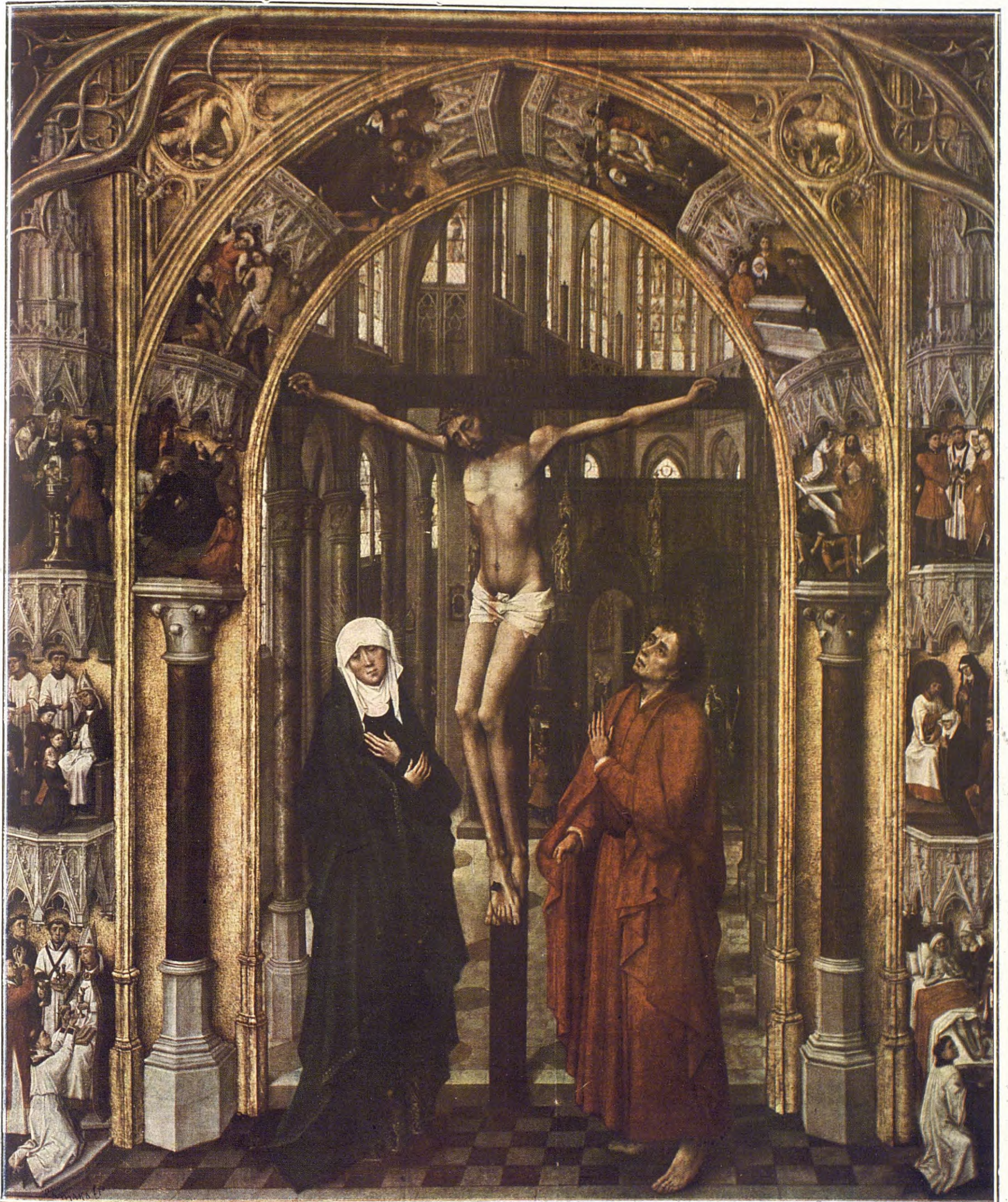
Los preparados "PEELE", Lociones, Cremas, Polvos, Pastas, Coloretos, Tinturas, Depilatorio, Elixires, Esencias, Colonias, Jabones, etc., etc., tienen fama mundial por su incomparable calidad y por sus efectos higiénicos, no conteniendo ninguna substancia perjudicial á la epidermis ni á la salud.

De venta en todas las Perfumerías de Madrid y provincias, en las Farmacias Gayoso, Arenal, 2; Coipel, Barquillo, 1, y en la



CASA PEELE MADRID
CARRERA DE SAN JERONIMO, 40

Concesionario para la Argentina: M. GAYTERO, Pichincha, 176, Buenos Aires



LA CRUCIFIXIÓN

Cuadro de Rogier Van der Weyden, existente en el Museo del Prado

DE LA VIDA QUE PASA

ULISES EN MADRID

UN personaje ilustre ha sido estos días nuestro huésped. Nos ha visitado Ulises el Prudente. Hemos vuelto á verle con su corta barba rizada, su mirada penetrante é investigadora, acostumbrada á husmear el peligro, y en la cual, la visita á la pradera de los Asfodelos, en busca de Tiresias, ha dejado una vaga y solemne expresión de misterio, de haber afrontado lo inolvidable: el reino de la Muerte. El más astuto de los griegos ha venido á Madrid, en compañía de un helenista, de un *homerizante*, M. Víctor Berard. Era el compañero de viaje que correspondía á tal personaje. M. Berard nos le ha presentado en el Instituto francés.

Ulises nos ha parecido familiar, accesible. Nos ha hecho recordar tiempos lejanos, no tan lejanos empero como sus navegaciones en busca de Itaca, que huía delante de su negra nave. Los tiempos escolares nuestros en que, á decir verdad, Ulises nos interesaba poco. Los pedantes y los malos maestros vienen desempeñando concienzudamente su misión de hacer aburridos á los clásicos. Por obra de estas gentes, los héroes homéricos nos parecían muñecos tiesos y sin vida, figuras de un vaso de cerámica arcaica. Los cervantistas, algunos cervantistas, ¿no son los mayores enemigos de Cervantes? Con su culto baboso y su afán hagiográfico, ¿no han quitado color y animación á la vida dramática, llena de aventuras y movimiento, de humanidad, con sus heroísmos y sus flaquezas, del español único, singular, tirando á convertirla en una devota vida de santo?

Ulises se lamentaba de su suerte, y, sin embargo, su suerte fué envidiable. Viajó mucho. Fué el hombre que más viajó en su tiempo. Tuvo muchas aventuras, y supo terminarlas. Tanto le envidiamos por haber sido amado de la divina Calipso, como por haberse librado de ella. Pero como los hombres no están satisfechos nunca de su suerte, Ulises, poseído de una absurda fidelidad conyugal y de un amor á la patria lejana, excesivo en un hombre tan viajero, suspiraba por Penélope y por Itaca, cuando vivía sus días más accidentados y felices, más lle-

nos de emociones y de sorpresas. Sin ellos, el rey de Itaca no hubiera llegado á competir con Aquiles, el de los pies veloces, ni á superar á Agamenón, rey de reyes; no hubiera sido protagonista de un poema. Habría vegetado en su pequeño reino como uno de tantos veteranos de Troya, de la gran guerra de entonces.

ooo

Entre las muchas aventuras de Ulises, hubo una que fué la *aventura* y la tentación. M. Víctor Berard cree que fué la de Nausicaa. Yo estoy convencido de ello. Ser amado de la divina Calipso era muy halagüeño; pero... Calipso le ofrecía con el amor la inmortalidad ¡La inmortalidad! ¡Siempre igual! Era demasiado para un espíritu aventurero y peregrino. Además, ser el amante ó el marido de una diosa es, en el fondo, un poco deprimente. Tiene las desventajas de los matrimonios desiguales. Es el caso de los favoritos de las reinas y de los pobres que se casan con una millonaria. Es demasiado honor ó demasiada fortuna. En el fondo queda un poso amargo de domesticidad. El marido se siente humillado, disminuído; teme quedar reducido á un útil, á un accesorio de la intimidad.

Pero Nausicaa era otra cosa. Ulises tenía cuarenta y tantos años cuando la conoció; Nausicaa tenía diez y ocho. ¿Comprendéis? Nausicaa tenía un rostro fresco é inocente de doncella; tenía unos hermosos brazos; y, además, ¡lavaba tan bien la ropa! Rodeada de sus doncellas era la imagen de la felicidad doméstica. El mayor mérito de Ulises como marido fiel fué no quedarse en la isla de los feacios, no olvidarse de Itaca, no casarse con la doncella real de los hermosos brazos, dando á los yernos de personajes, al convertirse en yerno de Alcinoos, un antepasado ilustre. El divorcio era fácil. La tentación debió de ser muy fuerte.

Pero Ulises era un marido modelo. Pensaba siempre en Penélope, hilando en su palacio de Itaca, acechada por los pretendientes. Algo debió de idealizarle Homero. Es probable que ya en Itaca, frente á la fiel Penélope, cuarentona y

obesa, el héroe recordara alguna vez con nostalgia á la doncella Nausicaa como á una figura de ensueño encantador y lejano. La llamaría juventud, ilusión, promesa de una vida nueva. Después de un silencio, de un momento de ensimismamiento, el prudente Ulises levantaría los ojos sagaces hacia Penélope y volvería á platicar con ella de las cosechas y de los ganados, ó acaso por centésima vez, la contaría alguna de sus aventuras, omitiendo, á fuer de hombre galante y cauto, ciertos pormenores delicados. El alma de Ulises tenía muchos repliegues, muchos rincones poblados de recuerdos. Un escoliasta moderno de la *Odisea*, M. Jules Lemaitre, nos ha descubierto parte de esta secreta nostalgia del héroe.

¿Y quién sabe? El texto homérico ha llegado á nosotros después de pasar por muchos retoques y muchas correcciones. ¡Hace tantos siglos! Homero, como poeta, era aficionado á fantasear. Tenía demasiada imaginación acaso para seguir fielmente, servilmente á la Historia. ¿Volvió, realmente, Ulises á Itaca? ¿No fué este un desenlace acomodado á las conveniencias, compuesto para satisfacer á las matronas griegas y dejar en buen lugar al culto del hogar? Quizá Ulises se quedó en la isla de los feacios, y quien volvió á Itaca fué una sombra suya, un *doblo*. Entonces ocurrían grandes maravillas. En su conversación con Tiresias el Tebano, en la mansión de los muertos, Ulises aprendió muchas cosas, y no todas las cuenta la *Odisea*, por respeto á los misterios que deben quedar ocultos á la multitud. Ulises, de retorno en Itaca, no era el mismo de antes. Después de matar á los pretendientes, parecía un hombre abstraído, que tiene lejos el alma. El verdadero Ulises, de quien aquél era la sombra, quizá estaba entre los feacios, rigiendo á los súbditos de Alcinoos y gobernando sus heredades y los ganados. Una nueva serie de pequeños telémacos, que no tuvieron un Fenelón, lo cual no les impidió ser hermosos y fuertes, crecía junto á él y á Nausicaa.

E. GÓMEZ DE BAQUERO



El puerto de Libau ocupado por las tropas alemanas

AGUSTÍN LHARDY

El día 2 de Abril ha fallecido en Madrid Agustín Lhardy. Hacía algún tiempo que en esas horas flamantes y vesperales de las tardes madrileñas no le veíamos a la puerta de su restorán, con el rostro rubicundo, la pipa en la boca, y sobre la nivea é inflada blanca del cabello, el sombrero bohemio. Le imaginábamos de viaje, á través de campesinos espectáculos, con su caja de apuntes y su sillita de lona, ó, acaso, inclinado sobre la plancha de cobre, iluminado diabólicamente el rostro, como el de un alquimista medioeval, por los fulgores de los ácidos.

Pero no yaciente en el lecho y bajo los vuelos, cada vez más próximos, del ave agorera. Parecía un libertado de la muerte. Tenía la robustez franca y noble de

un atleta. En su sangre y sus músculos, varias generaciones de suizos dejaron el vigor sano, aireado por las cumbres y los espacios extensos. Daba incluso la sensación de anunciar en él, fornido y jovial, las excelencias de su restorán, á donde ya no veíamos detenerse los automóviles que ahora forman cola en las puertas del Ritz ó del Palace.

La palabra Lhardy evoca el reinado de Alfonso XII y los primeros años de la Regencia. Asoma en las novelas de Picón, de la Pardo Bazán y del Padre Coloma, en las crónicas de *Asmodeo* y del abate Pirracas; en los dramas aristocráticos de Echegaray, en los sainetes de Ricardo de la Vega y los *Diálogos* de López Silva.

Nuestras abuelas, nuestras madres entraban á tomar una taza de caldo y unos emparedados, ignorantes—¡las pobres!—aún de que á las cinco

se debe tomar té y mermelada. Ahora sólo acudían viejos parroquianos como á un libro de memorias, empujados por una romántica nostalgia de conjuros lueñes. Sin embargo, esta retrospectiva melancolía coloca demasiado en primer término la figura del *restaurateur*, del hostelero, como parecía ser Agustín Lhardy, ya que le imaginábamos con un gorro blanco, un mandil y unos manguitos blancos, con un ancho cuchillo triangular atravesado en el cinturón, cual ciertos personajes de Cecil Aldin, esperando á la puerta de su hostería el retorno de los cazadores de levita roja.

En cambio, deja un poco sombría la figura del artista, del paisajista y grabador, que también era. El escaparate, lleno de cabezas de jabalí y faisanes flotando sobre un congelado lago de galantina,



"Laguna de la Granjilla", aguafuerte de Agustín Lhardy

hacían olvidar el estudio, con sus cuadros reproduciendo lugares donde muy bien pudieran cazarse aquellos jabalíes ó contemplar vuelos libres de ánades sobre aguas que el aire rizase dulcemente.

Agustín Lhardy simultaneaba los pinceles y el buril con la regencia de su restorán. Admiramos esta ecuanimidad espiritual, y envidien los innumerables artistas que no pueden comer de su arte, el dualismo y la paradoja de este artista que comía dando de comer á los demás.

Sirvió para que le censurasen algunos críticos y para que le alabaran otros, según fueran dispépsicos ó glotonos. Se hicieron chistes fáciles y hospicianos á este propósito. Y, no obstante, eran injustos, porque Lhardy evitó las blandas barritas para que no se hablara con doble sentido de sus pasteles.

Agustín Lhardy fué discípulo de Carlos Haes.

María López-Mezquita con *Los presos*.

Tres años después, en la Nacional de 1904, obtuvo otra segunda medalla con el cuadro *Laguna en la Granjilla*, un paisaje muy sentido y pleno de otoñal melancolía. Fué en la Exposición donde presentó Ramón Casas *La Revolta*; Gonzalo Bilbao, *La esclava*; obteniendo sólidos triunfos Chicharro, Sotomayor y Benedito con *El jardín de Armida*, *Canto VII del Infierno* y *Orfeo perseguido por las bacantes*.

Ocho años después, en 1912, llega la medalla de oro. No al pintor, sino al grabador. Y también á un paisaje de la *Laguna en la Granjilla*. Es la Exposición donde se concede la medalla de honor á Pinazo Camarlench; en que obtienen medallas de oro el arquitecto Anasagasti, el pintor Salaverra y el escultor Capuz, y presenta Marceliano Santa María un admirable retrato de

mujer... Sin embargo, las medallas no parecían ser la obsesión de Agustín Lhardy. Concurría á las Exposiciones con el mismo entusiasmo después de lograrlas que antes de conseguirlas.

Sucesivamente, iba presentando los cuadros *Alrededores de Madrid*, *Un vergel*, *Pescados frescos*, *Caza*, *Pinos en Bergondo*, *Ria de Betanzos*, *El valle de Lozoya*, *Orillas del Manzanares*, *Cercanías de Bayona*, *Lluvia*, *Almendros en el Retiro*, *Pirineos*, *Floreál*, *Cerezos en flor*, *Puente de Alcántara*, *Ondárroa*, *Barcas en Estarreja (Portugal)*, *Costa de Espinho*.

Y simultánea de esta obra de pintor iba realizando la otra de acuafortista, tal vez más interesante, de la que son notables muestras *Estanque de La Granjilla* y *Alcázar de Segovia*.

SILVIO LAGO



El ilustre artista Agustín Lhardy

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



RETRATO DE SEÑORA, cuadro de Carlos Alberto Castellanos

LA BARCA DE MIS ENSUEÑOS



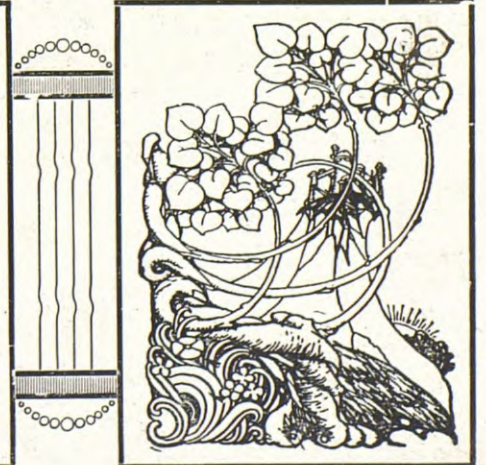
¡Oh, barca audaz de mis ensueños; barca
que aguardas en las plagas de mi vida
el instante feliz de la partida!
Refrena tu ansiedad. La vista abarca
un bello amanecer de Primavera
que encanta el corazón; pero, ¡quién sabe
si tras la rosa del albor suave,
frío y astuto, el Desaliento espera!

¡Oh, barca audaz de mis ensueños! Calma
tu loco afán de navegar. El alma
tiembla, azul, bajo el ala de la Suerte.

¿Por qué anhelas partir, ¡oh, barca mía!,
si al fin te has de estrellar, vieja y sin guía,
en las heladas rocas de la Muerte?

Ramón DÍAZ MIRETE

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



CUENTOS DE "LA ESFERA"
EL HIJO DE ZARATHUSTRA

CABALLERO, el billete.
Se despertó sobresaltado, mostrando a la turbia luz del amanecer, filtrada por las cortinillas, mal ajustadas, del vagón, el azoramiento de la sorpresa, reflejada en su rostro pálido y en sus ojos brillantes y desmesuradamente abiertos.

—¿Qué? ¿Ya llegamos?—exclamó inconscientemente, como si se lo preguntase á sí mismo, obsesionado por el temor de llegar y espantado á la idea del vencimiento, del término inexorable de su viaje.

—¡Ca!; no, señor. Faltan más de seis horas. Estamos aún cerca de Burgos—contestó el interventor, mientras taladraba maquinalmente el cartoncito amarillo que le había alargado el viajero.

Este, una vez que el empleado desapareció, descolgándose por la portezuela y ejecutando la funambulesca maniobra que las Compañías ferroviarias toleran y aun estimulan con el aliciente del tanto por ciento de la intervención, volvió á tumbarse, encogido y maltrecho, sobre la dura colchoneta del asiento, cuyos botones se le clavaban en las carnes con la impresión lancinante de puntos de cauterio.

Sacudido el sopor en que yaciera desde que el sueño le había rendido, tras largas horas de ardorosa y estéril labor mental, como si hubiese sometido su cerebro á la tortura penal de la rueda, rumiaba los ensueños y pesadillas, que habían conturbado su espíritu desfallecido, al ritmo del traqueteo que quebrantara sus huesos, tan á lo vivo, que no lo hiciera mejor el más concienzudo manteamiento.

Era el viajero un hombre joven, en la plenitud de la vida, de facciones correctas y varoniles, frente alta, nariz delgada y aguileña, labios finos y rectos, ojos negros, de mirada dura y hundidos bajo el arco pronunciado de las cejas. Un tipo de Lindoro sevillano con el alma de Lovelace asomada á los ojos.

Cuando, al cabo de lento y exagerado desperezo, indicio de ingénita plebeyez, se puso de pie y descorrió las cortinillas, la claridad del luminoso amanecer dióle de lleno, haciendo resaltar la gallardía de su cuerpo y la sobria elegancia de su atavío, que el traje del viaje y lo violento de la postura durante el breve reposo, habían apenas alterado. Visto así, lo mismo pudiera tomarse por un aristócrata del *faubourg*, como por un tenorino milanés ó un *maitre d'hôtel* romano. Cuidadoso de la corrección y atildamiento de su indumentaria atendió, antes que á nada, á hacer desaparecer las arrugas y desperfectos del traje, á arreglarse los negros cabellos y á perfilar su tocado todo lo que permitían las circunstancias, hecho lo cual, sentóse junto á una de las ventanillas y se puso á contemplar el paisaje.

El tren corría afanoso, dejando atrás la estepa castellana para enfoscarse en los laberínticos vericuetos de Pancorbo, dignos del lápiz de Gustavo Doré. El viajero, insensible, al parecer, á la magnificencia del paisaje dantesco que se desplegaba ante sus ojos, dejaba vagar su mirada distraída por las anfractuosidades de aquel poema geológico, mientras sus pensamientos se condensaban y entretejían en forma coherente, que convertía la meditación en un verdadero examen de conciencia. Rehacía mentalmente los incidentes y vicisitudes que le habían traído á la situación en que se hallaba. Joven, elegante y ambicioso, había logrado ocultar su humilde origen y hacerse reconocer como uno de los pollos más decorativos de Madrid á fuerza de audacia y desenvoltura. Poseía las más aparatosas aptitudes para destacarse y brillar en aquella parte del mundo aristocrático para el que la buena forma es el todo. Lo mismo dirigía un cotillón, que enjaretaba un *speech* con nasal entonación bri-



tánica, que canturreaba un *refrain* de café-concert con la gracia de un *pince-sans-rire*, que declamaba largas tiradas de Giaccosa ó de d'Annunzio con puro acento toscano... Hasta tradujera alguna piecicilla de Goldoni, que, convenientemente aderezada y rejuvenecida, mereció los honores del proscenio y los elogios de la crítica teatral. Frecuentaba el trato de las artistas extranjeras que venían á Madrid al mismo tiempo que las lillas y los «sidros». Bailaba en el Palace, cenaba en el Ritz y jugaba en la Peña. Y todo esto, sin dinero. Manteníase á flote por un milagro de habilidad y travésura quintaesenciada, natural secuela del progreso picaresco, que ha substituído con el frac la clásica ropilla de nuestros afamados hampones. Maestro en el arte de nadar y guardar la ropa, cuidaba de ésta como Aquiles de sus armas, que le hacían invulnerable. Mas si hubo una Troya para el hijo de Tetis, un día llegó para el elegante protagonista de nuestra historia en que, más feliz que el héroe griego, pasó de la Iliada á la Odisea, sin más tropiezo que dejar su nombre ins-

cripto en la tablilla de anuncios infamantes de la Gran Peña. Agotada la generosidad de sus amigos al punto de no poder esperar nada de ella; imposibilitados sus padres, humildes menestrales de un escondido villorrio andaluz, de acudir en su auxilio, y acosado por usureros y acreedores de toda laya, alguno de los cuales esgrimía airado un documento que sonaba á grillete, no columbró otra salida de su atolladero que la estación del Norte. Tomó un billete para San Sebastián, sin saber á punto fijo qué iba á buscar á la capital donostiarra. En todo caso, si nada se le perdía allí, la vecina frontera se le ofrecía como un burladero contra las arremetidas de algún acreedor desmandado que quisiera atentar contra su libertad individual y contra su anárquico concepto de la moral y de la vida.

Detívose el tren en una estación llena de gente, de ruido y de tráfico. Era Miranda de Ebro. Del departamento vecino descendieron dos jóvenes de buen porte y modales expansivos y atropellados, característicos del español en viaje. A sus gritos acudió un mozo, que comenzó á extraer del vagón un número exorbitante de maletas y bultos de mano.

—¿Para el tren de Bilbao, señorito?

—Sí, á escape. Anda á coger sitio.

En tanto que el mozo trasegaba el equipaje del vagón al andén, los dos jóvenes hablaban en voz alta.

—Una ganga, chico. El sitio creo que es precioso; la villa, una monada, un *bi-jou*, que me ha salido casi de balde. Los terrenos que la rodean están vendidos por anticipado.

—¿No vas á verla?

—A eso iba. Pero ahora no puedo. En Valladolid me entregaron este telegrama que me obliga á cambiar de itinerario. Tengo á mi padre bastante delicado; pasaré con él unos días, y á mi vuelta lo arreglaré todo.

El viajero para San Sebastián les vió alejarse gesticulando con la ostentosa familiaridad de indianos adinerados. Instintivamente se dirigió por el corredor al departamento que acababan de abandonar y del que ya el mozo había sacado el último bulto de la colección. Con vaga curiosidad del que no tiene cosa mejor en qué ocuparse, recorrió con la mirada los asientos, el suelo y las rejillas. En un rincón, debajo de un montón de periódicos, había un libro abandonado ú olvidado en la premura del cambio de tren. Sin dar importancia al hallazgo, con ademán displicente y nada bibliófilo, tomó el libro y miró el título. Era un ejemplar de la traducción francesa del *Zarathustra*, de Nietzsche. Sonrióse despectivamente alargando el labio inferior con el desdén del hombre de acción y de presa hacia las disquisiciones especulativas que

no llevan aparejadas una solución práctica é inmediata, y al hojear el libro sintió caer al suelo un sobre, de cuyo interior salieron y se desparmaron por la alfombra varias tarjetas. Al recogerlas advirtió que una de ellas estaba respaldada por mano apresurada que garrapateara breves y expresivas frases de presentación y recomendación eficaz. El sobre estaba dirigido á un banquero donostiarra. Las tarjetas tenían un nombre: Juan Guezurtia, y unas señas: Mar del Plata.

Leyó y tornó á leer la tarjeta de recomendación, quedándose un buen rato pensativo. Luego la metió en el sobre, y al colocarle entre las hojas del libro, sus ojos se fijaron en un párrafo que, por un fenómeno de insinuación imaginativa, se le entraba gráficamente por ellos. Era aquel precepto de energía que recomienda Zarathustra con estas palabras: «Emprendido un viaje penoso, síguelo hasta el fin... Verás, por lo menos, á dónde conduce, y te: por seguro que, si tú no mueres porque quieras, no será la fatiga lo que te mate.» El aforismo nietzschiano obró en su ánimo como un revulsivo. La impre-

sión causada fué semejante á la que el maestro describe al expresar cómo «su espíritu ardía al fuego de su propio pensamiento».

Pocos minutos más tarde llegó á la estación, en la que un público numeroso aguardaba á los viajeros del expreso. Un individuo se acercó al vagón en que viajaba el prófugo madrileño, y después de escudriñar atentamente los departamentos le interrogó, alzando la mano á la altura del sombrero:

—Usted dispense. ¿Sabría usted decirme si viene en el tren desde Madrid un Sr. Guezurtia?

—¿Usted no le conoce?—le contestó, sonriéndose burlescamente y atacado de súbita inspiración.

—No, señor. Pero vengo de parte de don Lesmes...

—¿Don Lesmes?...

—Sí, señor; el jefe de la casa Zuricalday y Compañía. Como ni él ni ninguno de la casa conoce personalmente al Sr. Guezurtia, aquí ando yo como loco á ver si doy con el viajero, cuya salida de Madrid nos ha anunciado él mismo.

—Pues no se canse usted más. Aquí está «su» tarjeta.

El empleado de la Casa «Zuricalday y Compañía», fascinado por la elegante apostura del supuesto Guezurtia, se deshizo en cumplimientos. Un automóvil les condujo á la casa de banca. Allí, la tarjeta respaldada completó el milagro. El aventurero triunfaba en toda la línea. Tuvo la habilidad de no forzar la mano y contentarse con los honores que á porfía fueron prodigados á su aristocrático empaque, prometiéndose aprovechar la primera ocasión que se ofreciese de trabar relación íntima con el cajero de la casa. En el mismo automóvil que allí le condujera fuése á la villa, ya dispuesta para recibirle como á su dueño y señor, saludado á su entrada con el *ongü etorri* afectuoso y servicial del conserje. Instalóse á sus anchas, sin empacho ni recelo; hizo traer provisiones abundantes, comió, bebió, paseó y hasta tentó la suerte al treinta y cuarenta en el Casino, con tan buena fortuna, que pudo aplazar por algún tiempo sus tentativas de asalto á la caja de Zuricalday. Pasaron días. El seudo Guezurtia advertía con orgullo que una verdadera reputación de nabab aureolaba su nombre. Adoptó la tiesura y empaque altanero y las frases breves é incisivas que la tradición presta á los multimillonarios americanos.

Frecuentemente asomaban á sus labios desdenosas alusiones familiares á ilustres personalidades con las cuales se tuteaba.

—Hallándome un día en Menton, en el Hotel «Du Cap», con Boris y Cirilo, los grandes duques, mandamos á preguntar á Eugenia Montijo, que estaba en su villa Cynos, en Cap Martin...

O bien:

—Mis amigos Willy Vanderbilt y Andresito Carnegie, una tarde en Ashbury Park...

A todos los personajes designábalos por su nombre de pila. Pepe Viana, Andrés Torrecilla, Alvaro Romanones, Julio Benalúa... En una ocasión, arrebatado por la fantasía, llamó *Pepe Gales* al heredero de la Corona de Inglaterra.

Un correvedile oficioso le llevó á la villa en que veraneaba el presidente del Consejo. Mezclado con los parlanchines y adulaadores que comentaban, formando corrillos en la terraza, las profundas vaciedades de los oráculos políticos, su audacia se esponjó satisfecha. Estaba en su elemento. Los pretendientes le miraban con respeto; los paniaguados con envidia; los prohombres, con benevolencia sorpresa; el jefe del Gobierno, con creciente simpatía.

—Este pollo hará ca-

rrera—manifestó en una ocasión á sus íntimos, indicándoles con un gesto el aventurero, que peroraba á más y mejor en un corro de admiradores de su facundia y de sus prendas de vestir.

—Es un Alcibiades—exclamó un subsecretario que la daba de helenista—que busca á su Pericles.

—Sólo le falta el perro para ser completo—añadió otro de los que rodeaban al presidente.

—¡Bah!—repuso éste—; no creo que por perro más ó menos pierda virtud la alusión histórica. Además de que, si es cierto lo que dicen de su fortuna, no son perros precisamente lo que le falta.

—Los emplearé en agenciarse un acta. Jóvenes así hacen falta en el Parlamento. Guapos, ricos y sin escrúpulos...

—Ya, ya. Todo mi afán, desde que me confirieron la jefatura del partido, es ver sentados en los escaños de la mayoría á los mejores cerebros de España.

—¡Los cerebros sentados, presidente!

—Hombre, quiero decir...

—Que el orden de factores no altera el producto.

Al día siguiente, estando en la cama todavía, oyó fuertes voces en la antesala. Levantóse á toda prisa y salió á ver qué sucedía. Era el portero que intentaba cerrar el paso á un intruso. Le reconoció al punto; tenía ante él á su compañero de viaje hasta Miranda, el legítimo Guezurtia. Sin perder su aplomo, avanzó hacia él, tendiéndole las manos con gran afabilidad.

—¿Cómo? ¿Usted aquí? ¡Cuánto me alegro! Y su señor padre, ¿va mejor?

Retiróse el portero, todo mohino y azorado, murmurando excusas. El recién llegado, sorprendido de tanta afabilidad, exclamó:

—Perdone usted, caballero; ese imbécil de portero afirma que es usted el Sr. Guezurtia, propietario de esta casa. ¿Quién soy yo, entonces? ¿No es mía esta villa?

—Indudablemente—contestó con un aplomo que ni él mismo se creyera capaz—. Está usted en su casa. Ya le explicaré. ¿Me permite usted que acabe de vestirme?

Volvió á la alcoba. Por un momento estuvo tentado á descolgarse por la ventana y desaparecer. Mas reflexionándolo con calma, sacó en consecuencia que, si al fin tenía que salir y abandonar la casa, más valía hacerlo por la puerta y con los honores debidos. Volvió á la antesala, en la que permanecía esperándole el auténtico Guezurtia.

—¿Quiere usted oírme un momento? En dos minutos explicaré á usted mi intrusión en esta casa. Pero ha de darme usted su palabra de ca-

ballero de que no revelará usted á nadie lo que voy á decirle. Es un secreto de Estado.

El joven indiano extendió su diestra solemnemente, estremeciéndose de vanidad y de miedo á un tiempo por el peligroso honor que se le hacía.

—Yo—prosiguió el audaz con voz misteriosa—soy hijo natural del presidente del Consejo...

Su interlocutor pegó un respingo, quedándose luego extático, contemplándole como á un fenómeno de feria, con la boca abierta y los ojos desorbitados de admiración.

—Mi madre, dama de ilustre abolengo zamorano, fué seducida por el actual jefe del Gobierno cuando no era más que diputado por el distrito donde mi madre residía. Trasladóse á Madrid, y allí vine yo al mundo. ¿A que no sabe usted quién asistió á mi madre en el parto? Pues el actual ministro de Gracia y Justicia, famoso tocólogo, que era entonces médico de una Sociedad que pagaba las visitas á setenta y cinco céntimos una con otra. Me bautizó el patriarca de las Indias, y me tuvieron en la pila bautismal Doña Baldomera Larra y el «Regatero», las dos personalidades de la época. Luego me llevarón á Inglaterra, y allí, en el colegio de Eton, pasé toda mi juventud; así es que, créalo usted, estoy de ingleses hasta aquí. Últimamente, mi padre me ha mandado á buscar; aunque no llevo su apellido, quiere que yo ocupe en la sociedad el puesto que me corresponde. Ahora trata de hacerme diputado. Y yo no quiero el acta. La cedería con mucho gusto...

—Todo esto está muy bien; pero su presencia aquí, en esta casa, ¿cómo se explica?

—A eso voy. Un *quid-pro-quo* graciosísimo. Usted se llama Guezurtia, ¿no es así? Pues bien: usted es mi primo. Yo soy también Guezurtia por mi padre, el insigne político Guezurtia; pero, como usted comprenderá, yo no puedo usar este apellido. Y al encargar á Zuricalday y Compañía que me buscara una villa, como él está en el secreto, me tomó por usted y me trajo aquí. Pero ahora, deshecho el error, le dejo en sus dominios y yo me retiro.

—Hombre, no. Quédese usted. La casa es grande y podemos vivir en ella los dos. Como apenas conozco el país, usted me hará el favor de introducirme en sociedad; me presentará usted á su padre, es decir, al presidente del Consejo... el primer *Guezurtia* de España (1).

—Encantado, desde luego. Le presentaré á usted como mi primo. Le cederé el acta. Ya nos arreglaremos. *Guezurtiaremos* por todo lo alto...

Trato hecho. Desde aquel día, los dos Guezurtia fueron inseparables. En el Casino, en los clubs, en el hipódromo, en los paseos, en todas partes veíase á los dos primos derrochando el dinero del indiano á manos llenas, triunfando en toda la línea. En la tertulia del presidente del Consejo se hacía corro en torno de ellos, escuchando al uno y adulando al otro con fervor fetiquista, rindiendo parias á la audacia aliada al dinero. Y la *entente cordiale* entre aquellas dos fuerzas complementarias produjo sus naturales frutos: el indiano se hizo *sportsman*, y el audaz se hizo político.

—Vamos á ver—dijo aquél á éste un día propicio á las confidencias—. Dime la verdad. Aquella historia que me contaste de que eres hijo natural del presidente del Consejo es pura filfa, ¿eh?

—Sí y no. No es mi padre carnal, pero lo es espiritual.

—¿Quién eres, pues?

—¿Yo? Soy el hijo de Zarathustra.

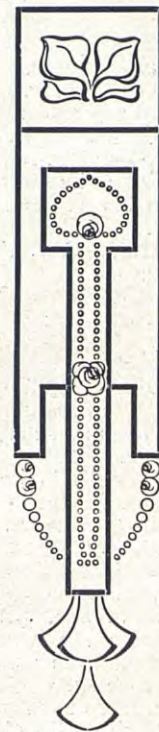
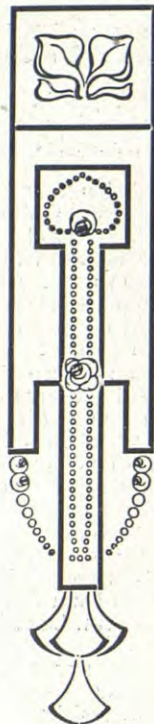
José G. ACUÑA

DIBUJOS DE PENAGOS

(1) *Guezurtia*, en vascuence, quiere decir embustero.



EL AMOR EN EL SIGLO DE ORO



La escena que Marín ha evocado puede ser el principio de una comedia clásica. Julia, Anarda, Belisa, van en compañía de la dueña y del rodrigón á pasear por la ciudad, y habiendo recorrido la rúa, entran en la tienda del lencero que acaba de traer de Galicia los finos paños que han de secar los rostros de las bellas después del aseo, sino es que van al obscuro cuchitril en que el ginovés mercanca con sus afeites y con los perfumes que él mismo fabrica, bien que diga que son llegados de Oriente. Don Dionís, don Mendo ó don Juan siguen á

la beldad que ha salido con permiso sospechoso de padres ó tutores, más que á comprar, á ser vista por el galán que la corteja. Es de rigor que don Juan, don Mendo ó don Dionís vayan en compañía de su criado, porque no estaría bien que el estudiante rico, el hijo de nobles, el que luego ha de ocupar alto cargo en la Corte del rey Felipe, marchase solo, sin el servidor y confidente, que ora se llama Redondo, ora Figueroa, ya Buitrago, ya Caramanchel. Y mientras la dueña hace como que se descuida, el escudero del enamorado pone en la mano de la bella el billete anunciador de la música que aquella noche ha de sonar ante la reja florida.

Y sobre esta escena dialoga el numen prodigioso de los maestros del teatro hispano.

La mujer guardada, escondida, sujeta á los temores de la seducción por una familia celosa de su honra, es el personaje principal de ese teatro, y es la figura gallarda y emotiva del siglo de oro. Ella vivía en prisión, sometida á las severidades paternales, y tras la celosía pintada de verde, ideaba la manera de ponerse en comunicación con el embozado que la rondaba. Mil artificios, mil ingeniosidades discurría la hembra, y con ellos vencía la vigilancia de sus carceleros.

Si hubiera sido aquella una era de libertad familiar, no sería el teatro clásico el asombro de las astucias femeninas. Más que para ganar la

batalla de Maratón se desveló Alcibiades, y más que el Tostado para llenar de sabia prosa teológica la montaña de sus infolios, se afaná el cerebro de Anarda para buscar modo de verse con su amante. Y tras la hipocresía de las manos juntas, como quien reza, y de los ojos clavados en el suelo, como si las cosas de la tierra no le importaran, chispeaba la pasión de la mujer, vencedora de claustros, engañadora de tutores y padres, burladora de dueñas y rodrigones. Acudía ella de esta suerte á la cita con el corazón ardoroso. Ya era el coloquio en la huerta de la casa, bajo la cúpula de los jazmines, ya en la proximidad de la iglesia, donde seguía la novena, á la que no faltaba nunca la gentil enamorada, porque antes de prosternarse ante la Virgen, saboreaba los requiebros del fiero y hermoso solicitante.

Pedro Antonio de Alarcón, describiendo, en una síntesis propia de su ingenio clásico, las pupilas de una mujer, dijo:

«Con ojos negros y ardientes como una cita en la sombra...»

Todo el amor del siglo de oro fué eso: la cita en la sombra, el amor á hurtadillas, los diálogos de la ventura en la peligrosa tiniebla, el encuentro de las manos estremecidas de pasión, el beso rápido y furtivo... Fuego vivo de las al-

mas, quemazón de los corazones que unía al varón y á la hembra en el instante de la posesión, convirtiendo las ansias hambrientas de los enamorados en un nuevo sér que nacía vigoroso, que crecía fuerte, y que luego llegaba á ser el varón invencible, descubridor y conquistador de las tierras americanas.

Tenía el amor que vencer la represa de tantos obstáculos para luego derramarse en la caída vertiginosa del río al que detienen pretilos y rocas. Por eso la dueña, guardiana de la doncellez en aquellos tiempos, fué una colaboradora

eficaz de nuestra potencialidad histórica.

En el idilio clásico, siempre picaresco, eran cuatro los inevitables personajes: el galán, la dama, la dueña, el escudero. Aquél y aquélla entregaban su secreto á sus sirvientes, y el escudero y la dueña cobraban las albricias de la dicha de sus amos en la bolsa llena de ducados, en la cadenilla de plata ó en otros favores utilizables. Duchos en las malas artes de la vida Buitrago y Caramanchel, ellos sabían preparar la emboscada al pudor de la linda Belisa. Y la dueña, acariciada por las dádivas generosas del conquistador, facilitaba el encuentro. Los enamorados se deleitaban en sus ilusiones, mientras sus criados contaban la moneda que les valió la tercería, é inventaban nuevos arbitrios para que el dulce coloquio se repitiera indefinidamente.

Andaba entonces el amor por las rúas de Valladolid y Salamanca, de Madrid y de Toledo. Y mientras los padres rezaban el Rosario al amor de la chimenea, sus hijos cantaban el himno del amor, himno sin música, himno sin palabras. Las almas poderosas de los amantes preparaban así los días de gloria que se fueron, como los besos dados á la sombra de los jazmines en la huerta solitaria.

J. ORTEGA MUNILLA

DIBUJO DE MARÍN



CANCIÓN PLEBEYA

*A la luz del claro sol de Julio ardiente
va el organillero por la carretera,
y de su flexible gorra la visera
brilla como un ascua de oro refulgente.*

*Tira de las varas del carro indolente,
que avanza pausado como una litera.
Su aliento de fuego le manda la era
y nubes de polvo circundan su frente.*

*Borracho de sol, pregón de alegría,
aún muestra en los ojos, propicios al sueño,
el guiño atrayente de la picardía.*

*Es independiente; por eso es risueño...
y con el ladrido de su simpatía
salúdanle al paso los perros sin dueño.*

*Al pie de la tapia de rojo ladrillo
el organillero feliz se recuesta;
y junto á su dueño, rendido á la siesta,
dentro de la funda duerme el organillo.*

*Un cielo incendiario, que envuelve en su
ciudades y cumbres, erial y floresta, [brillo
la aldea decora con galas de fiesta,
espléndido marco de un cuadro sencillo.*

*El organillero duerme en paz dichosa,
mientras de los árboles la sombra piadosa
tiende en torno suyo sus encajes negros,*

*y en el organillo su "fiat" espera
la música errante, la voz callejera
de penas y risas, de andantes y alegros.*

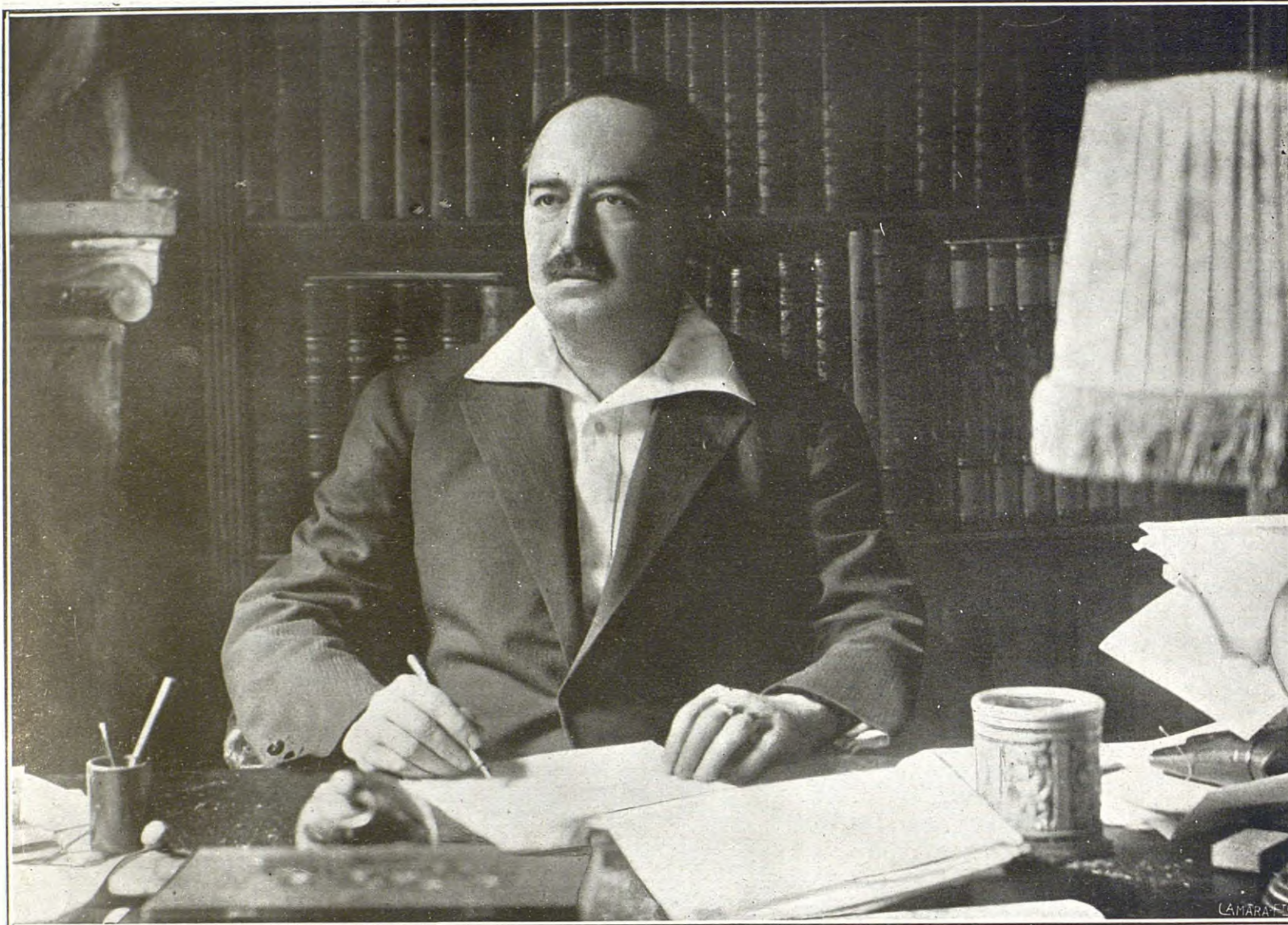
*Vuelve á su camino el organillero
cuando ya la sombra sube á los balcones,
y del organillo suenan las canciones
en la carretera junto al merendero.*

*Un enjambre humano fosco y bullanguero
del baile disfruta las ondulaciones,
y la noche al cabo cuelga sus crespones
sobre la arboleda verde del lindero.*

*Por la carretera va el músico errante,
ya entrada la noche, de sus melodías
al aire lanzando las plácidas notas.*

*¡Oh, ciudad doliente! ¡Plaza al caminante!
¡Paso al mensajero de las alegrías,
poeta de tangos, mazurcas y jotas!*

Ricardo J. CATARINEU



El ilustre escritor D. Vicente Blasco Ibáñez en su mesa de trabajo de su actual residencia en Niza

EN LA COSTA AZUL

El autor de "Mare Nostrum"

Al terminar la lectura de *Mare Nostrum* sentí un vehemente deseo de ver al autor para felicitarle por su magnífica obra. Blasco Ibáñez vivía, hasta el segundo año de la guerra, en un bonito hotel del barrio de Passy, refugio de escritores y artistas, una casa de tres pisos, con un jardín sombreado por tres árboles enormes. En la fachada, blanca y rosada, había puesto *Los cantores*, de Donatello, y otros relieves famosos del Renacimiento italiano; en medio del jardín, una danzarina griega de tamaño más que natural destacaba sus blancas desnudeces sobre un fondo de verdura. Los transeúntes se detenían un instante junto a la verja, preguntándose quién era el inquilino que había modificado tan audazmente el tranquilo hotelito burgués.

Pero la guerra, que ha torcido tantos destinos y modificado tantas fortunas, sacó al ilustre novelista de su retiro de Passy. Ahora vive Blasco Ibáñez en la rue Rennequin, junto a la avenida Wagram. Al salir de su casa y doblar la esquina ve inmediatamente el Arco de Triunfo, el famoso Arco de la Estrella cantado por él en *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Y en esta casa seguirá viviendo muchos años. Porque una mudanza de Blasco Ibáñez es todo un problema. Semillante a los moluscos que describe en *Mare Nostrum*, que secretan continuamente su vivienda, formándola con los propios jugos, no puede establecerse mucho tiempo en una ciudad sin crearse inmediatamente una casa con todos los adornos y comodidades gratos a un artista.

Al llegar a la casa del maestro me sale al paso su portera, una verdadera portera de escritor, pues siempre la sorprenden leyendo los inquilinos y los visitantes.

—El señor no está; se marchó a principios de Enero. Vive en Niza, en el hotel Ruhl. Estaba

algo enfermo de tanto trabajo; necesitaba descanso. Se fué después de terminar una de sus historias de la guerra.

Lo que esta buena mujer llama «historia de la guerra» es, indudablemente, *Mare Nostrum*.

Pasé indeciso el resto del día. Me tentaba la imagen seductora de la Costa Azul. ¿Por qué no ir en busca del maestro?... Y después de un sinnúmero de gestiones para alcanzar un asiento en cualquiera de los trenes desbordantes de gentío, salí para Niza.

ooo

A las nueve de la mañana entré en el hotel Ruhl, situado al principio del paseo de los Ingleses, avenida asfaltada y cómoda que se extiende tres kilómetros por la ribera del Mediterráneo, teniendo, a un lado, la llanura azul, el *Mare Nostrum* cantado por el novelista español, y al otro, una fila de palmeras paralela a otra de palacios, de grandes hoteles, de villas sonrosadas, de jardines casi tropicales.

El Ruhl enorme es una de las etapas de descanso de los ricos que vagan por todo el globo. En su *hall* majestuoso se encuentran princesas de sangre real y *cocottes*, grandes duques y caballeros de industria, celebridades de la política y aventureros. Como aun es temprano, el hotel se encuentra silencioso, fresco, solitario. Pero de tarde y de noche los timbres suenan, suben y bajan los ascensores, un zumbido de colmena gigantesca conmueve sus cúpulas de cristales, miles de personas entran y salen en el día. ¿Cómo puede vivir aquí Blasco Ibáñez?...

El portero me dice que el señor que yo busco debe estar paseando por la orilla del mar.

Sigo el paseo, caldeado por el esplendoroso sol matinal, y reconozco, de pronto, a Blasco Ibáñez, que camina con paso tardo y aire dis-

traído, mirando, unas veces, al suelo, que golpea con su bastón, deteniéndose, otras, para contemplar la llanura azul, por cuyo borde superior se deslizan las alas blancas de los barcos de pesca.

Avanzo con la mano tendida. El novelista va elegantemente vestido. Bajo el correcto pliegue de los pantalones, unos botines grises cubren en parte el calzado de charol. Sobre el tono azul del traje se destaca la roseta roja de la Legión de Honor, una corbata de color discreto y el gris del sombrero.

El maestro sonríe ante mi asombro, mientras explica su nueva existencia. Acostumbra a vestirse y a vivir con arreglo al mundo que se propone estudiar, para trasladarlo a sus novelas. De aquí que en su vida sean tan numerosas las transformaciones y los cambios de ambiente. Ahora prepara una novela ó dos sobre el mundo de los millonarios, de los felices que vagan por la tierra buscando los paisajes más dulces; la humanidad privilegiada, que patina en Suiza, juega en Monte-Carlo, flirtea en Niza ó en Florencia, y en estos instantes parece desorientada por el inesperado zarpazo de la guerra, que ha venido a herirla en un ala.

Antes de que me hable de su próxima novela, le hablo de *Mare Nostrum*; quiero saber cómo se le ocurrió este libro, cuánto tiempo empleó en su creación... El maestro contesta á mis preguntas:

—De todas mis novelas, es *Mare Nostrum* la que he escrito con mayor gusto. Es *mi* novela. Yo tengo algo del capitán Ulises Ferragut. Desde mis primeros años de escritor, sentí el deseo de dedicar un libro al Mediterráneo. Cuando terminé *Mare Nostrum* sentí la satisfacción del que acaba de cumplir un gran deber filial. Además,

yo soy marítimo más que terrestre. Cuando puedo ir por mar á un sitio, prefiero el buque al ferrocarril. De joven he navegado en barcas de pesca, en remolcadores que iban á avituallar el faro de las islas Columbretes, hasta en barcas de contrabando, como las que aparecen en *Flor de Mayo*. Yo estudié para ser marino...

Al notar mi curiosidad, el novelista añade, sonriendo:

—A los quince años me preparé para entrar en la Escuela Naval. Quería ser marino de guerra. La oposición de mis padres me hizo desistir. Deseaban que fuese abogado, como todo español que se respeta un poco. Pero mientras figuraba en la Universidad como alumno de los primeros años de Derecho, iba al Instituto ocultamente para asistir á las clases de pilotaje. No tengo el título de piloto porque entonces este título no se adquiría en Valencia, y había que ir á Cartagena para sufrir un examen general; pero aun recuerdo mucho de lo que aprendí en aquella época, como se recuerdan las cosas aprendidas con verdadero gusto. En mis viajes á América, las gentes del puente se extrañaban de que un escritor supiera manejar algo el sextante y tomar la altura, aunque fuera imperfectamente.

Hemos abandonado el paseo de palmeras bajando á la playa, una playa sin arena menuda, de blancos y brillantes guijarros, sobre los que descansan las barcas con una proa en forma de pico, que recuerdan las de las antiguas embarcaciones helénicas. El maestro, apoyándose en una de sus bordas, queda como arrobado contemplando su mar.

Luego su vista, corriendo por el perfil de la costa, se fija en un promontorio, detrás del cual está oculto el pequeño principado de Mónaco. Blasco Ibáñez habla de él como de un personaje de carne y hueso, como de un tipo de novela.

—¡Y qué personaje tan interesante!—continúa—. Todos los que en la tierra pueden viajar han pasado por esta nación, más pequeña que un mediano campo de trigo: ciento veinte hectáreas. El antiguo puerto Hércules tiene dos promontorios. En el uno, Mónaco, vieja ciudad ita-

liana, de calles húmedas, á las que nunca baja el sol, con su palacio principesco, sus frailes, su catedral, su silencio de siesta. En el promontorio de enfrente, Monte-Carlo, los grandes hoteles, las avenidas llenas de flores, los jardines tropicales, las hetairas de toda la tierra, la ruleta, las joyerías que compran más que venden, el taponazo del champaña, el pistoletazo del suicida. En Monte-Carlo, el Casino dominándolo todo; en Mónaco, el Palacio Oceanográfico, el gran Museo de los mares creado por el sabio príncipe Alberto con los millones que le da monsieur Blanc, concesionario del juego por sesenta años. El pecado á un lado, y la expiación científica al otro. El dinero de los imbéciles y desocupados sirviendo para que el hombre pueda explorar por primera vez el abismo del mar, el mayor de los misterios.

Esta próxima novela que preocupa á Blasco Ibáñez y lo domina como una obsesión, atrae mi curiosidad y me hace incurrir en nuevas averiguaciones.

—Vine aquí—prosigue el maestro—con dos novelas en la cabeza: *Venus Dolorosa* y *Los enemigos de la mujer*. La primera en surgir iba á ser *Venus Dolorosa*. La tengo completa en mi imaginación; sólo me falta escribirla. La otra vino en estado todavía informe; era un feto de novela. Pero al llegar aquí ha crecido de pronto, se ha completado de golpe, es más vigorosa que la otra, ha pasado por encima de su hermana para ganar la puerta de salida, me domina y necesito dejarle el paso libre. Esto me ocurre muchas veces. Mi próxima novela será *Los enemigos de la mujer*.

Blasco Ibáñez me dice que antes de publicarla en volumen aparecerá en folletón en el periódico *El Sol*. Luego hablamos de lo que le producen sus libros, de las ediciones clandestinas que hacen de sus novelas en América. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* lo reprodujeron sin permiso ni provecho suyo en varias repúblicas. Ahora, con *Mare Nostrum*, ya ha empezado el despojo.

Hemos pasado, hablando y hablando, de la

playa soleada á los callejones húmedos de la vieja Niza. Blasco Ibáñez ama esta parte de la ciudad populachera, lóbrega y un tanto sucia, donde nació Garibaldi. Visitamos las pescaderías, admirando las coloraciones y brillos de los peces del Mediterráneo, semejantes á joyas. El mercado, con sus puestos al aire libre y su griterío, le recuerda el antiguo mercado de Valencia. Las gentes hablan el dialecto nizarino, mezcla de francés é italiano, con una tercera parte de español.

—Nuestros ascendientes—dice el maestro—pasaron muchas veces por aquí con Carlos V y bajo las banderas de sus sucesores. El principado de Mónaco tuvo guarnición española más de un siglo.

Seguimos una calle, en la que vivió Napoleón, y que sirve de mercado de flores. ¡Las flores de Niza! Blasco Ibáñez compra varios ramos y, precedidos por un pilluelo que los lleva, volvemos al hotel.

En el majestuoso hall, los sillones y canapés de maderas doradas están ocupados por un mujerío elegante, pintado, perfumado, de edad indefinible. Hay jamonas que parecen niñas, y jóvenes con belleza de cadáver, esqueléticas, pintadas de blanco, con escandalosas ojeras de carbón. Todas son célebres por la riqueza, por el lujo, por la extravagancia de sus actos, por su origen. Algunas hasta nacieron cerca de un trono y pertenecen á la bohemia de sangre real que vaga por el mundo. Proceden de las naciones más diversas de la tierra, hablan todos los idiomas, conocen todos los países.

El novelista reparte sus flores.

Yo sonrío viendo cómo es acogido el novelista por sus compañeras de hotel. Se creen estar conversando con el *cher maitre* de cosas frívolas, cuando, en realidad, se hallan ante una máquina fotográfica, ante una paleta vigorosa y una mirada justa y certera. ¡Pronto las veremos en las páginas de una novela!

JUAN R. LARROSA

Niza, Marzo de 1918.



Blasco Ibáñez paseando por la playa de Niza



Vista panorámica de Atenas, tomada desde la Acrópolis



NUESTRAS VISITAS

JOSÉ SANTIAGO



Es tanto lo que, seriamente, lleno de naturalidad, sin descomponer el gesto ni la figura, nos ha hecho reír el admirable actor Pepe Santiago, que ahora, ante él, en su casa, particular—una elegante casita

situada en la calle de Claudio Coello—, tenemos necesidad de hacer esfuerzos inauditos para no estallar en carcajadas. Y aunque tal manifestación de regocijo no sería más que un homenaje al ocurrencisimo actor cómico, es posible que al caballero particular—que viste elegantemente, casi con atildamiento, un obscuro traje de americana; que calza botas de charol y botines de ante, y que nos recibe con una cordialidad afectuosa—no le agradase.

Nosotros, pues, tomamos asiento en una butacona mullida, ante una mesita catalana, y procuramos estar á tono con nuestro célebre interlocutor, que, tratado en la intimidad, resulta un hombre melancólico, apacible y reservado.

Nos ofrece un cigarrillo; después de encenderlo, exclama lentamente:

—Mire usted que es casualidad: las únicas entrevistas que he celebrado en mi vida, fueron: una, con su hermano de usted, y ahora, con usted, la otra.

—Sí que es casualidad; pero alguna más le habrán hecho.

—No; de verdad. Ni yo podía figurarme que usted se ocupase de mí.

Esta sincera modestia del simpático actor nos cautiva. Su acento es andaluz cerrado. Parece que está representando un personaje de los Quintero.

—¿Dónde empezó usted á trabajar?

—En mi pueblo: en Málaga—exclama Pepe Santiago con orgullo—. Empecé con Rosario Pino: á Rosarito le pagué yo los primeros zapatos, las primeras medias y el primer vestido que sacó á escena. Me acuerdo que los zapatos tenían unos tacones muy largos,

porque ella era chiquitilla y rechoncha. ¡Cuidado que cambió esa muchacha!

—¿Qué género hacían ustedes?

—Las más espeluznantes tragedias: *Conflicto entre dos deberes* á todo pasto. ¡Asómbrese usted!

—Pero, ¿en compañía sería?

—¡Oh!, no: de aficionados: una compañía de amigos, de la cual era yo director y empresario; por eso, el primer sueldo que cobró Rosario Pino, se lo pagué yo.

—¿Y se disolvió la compañía?

—No: nos disolvieron; dábamos tantos gritos y alaridos en los ensayos y en las representaciones, que los vecinos firmaron una protesta y nos echaron de la Sociedad.

—Y la familia de usted, ¿veía con gusto sus aficiones por el arte escénico?

—¿Mi familia? ¡Qué habían de ver! Los pobres me tenían frito. Todos se oponían; tan opuestos, que me quitaban el calzado para que no pudiera escaparme.

—Y, claro, esto, para usted, era una perturbación.

Pepe sonrió al recordar las diabluras infantiles; después, repuso:

—Sí, en efecto: una perturbación; pero no conseguían nada, porque yo apelé á hacerme calzado de madera y, con él puesto, escapaba.

Meditó un momento, y, después, murmuró melancólico:

—Tanta oposición. ¿Quién le iba á decir entonces á mi familia que yo, con el teatro, tendría que mantener á todos? ¡La vida!

—¿Cómo pasó usted de aficionado á profesional?

—Fué Julián Romea á Málaga, y, por mucha recomendación, me dió un papel en *La Gran Via*—el niño gomo—: y yo, en aquel momento, por caprichos del Destino, pasé, bruscamente, del arte trágico al cómico. Romea me incorporó de-



Pepe Santiago, en su gabinete de trabajo

finitivamente á su compañía, y con él fuí á Sevilla.

—¿Qué sueldo le daba á usted?

—Veinticuatro reales diarios; y con este sueldo me tuvo por provincias cinco años. ¡Dios le haya perdonado! En Sevilla llegué á ser «el amo».

Sonreímos; él continuó:

—¡De verdad! ¡Era una adoración! Iba por la calle y se me acercaban los muchachos y me daban cigarros: «Tome usted, de parte de mi padre, que se fume usted este puro.» En todas partes tenía todo pagado. En fin: una idolatría. Recuerdo, como caso gracioso, que una noche de mi beneficio me esperaba una murga en la puerta del teatro para darme serenata. Aquello resultaba para mí un martirio. Entonces, huyendo de la manifestación musical, me escapé por un tejado del teatro; pero los murgantes, al dejarme yo caer, se dieron cuenta, y aquello fué una cinta cinematográfica: yo, huyendo de ellos, y ellos, soplando los instrumentos, azotando las latas y corriendo detrás de mí. Al fin caí rendido en un banco; allí me rodearon y me dieron la serenata. ¡Noche inolvidable; noche sevillana de luna y de perfumes de azahar! A todo esto, mi anhelo supremo era venir á Madrid. Trabajar en la Corte. Soñaba con ello. Y, para realizarlo, verá usted lo que tuve que hacer: Llegó á Sevilla un empresario, me vió y me hizo un contrato para venir á Eslava. Pero, ¿á que no sabe usted cómo?

—No acierto.

—¡De tenor cómico! Mire usted que yo, que no entiendo una jota de música, y que tengo un oído infernal, tenor cómico... Después de haber firmado el contrato me arrepentí; pero... ¡no había salvación! El empresario me reclamaba por medio del telégrafo, y hasta por medio de la Guardia civil. Y... llegué á Madrid... y cuál sería mi asombro y mi estupor y mi aturdimiento al encontrarme en todas las esquinas un cartelón que decía: «TEATRO DE ESLAVA: SENSACIONAL DEBUT DEL NOTABLE TENOR COMICO JOSE SANTIAGO». La cosa era para morir. Me presento en el teatro y me encuentro con que el maestro Caballero me estaba ya esperando, sentado ante el piano, para que ensayáramos la música de una nueva obra, para cuyo estreno se aguardaba mi llegada. «Vamos á ensayar, tenorcito»—me dijo el maestro, entregándome unos papeles de música que jamás supe leer. Y me eché á llorar. Aquello era demasiado. «Pero, maestro de mi alma—le dije á Caballero—, si yo no sé cantar ni las veinte en

bastos; si yo no he levantado el gallo en mi vida. Si yo no soy tenor; todo eso es una patraña del empresario.» El maestro Caballero no me hizo caso y, á fuerza de paciencia, consiguió que pudiera tararear la música de *El rigor de las desdichas*. Y en estas condiciones salí yo á cantar la obra con Lucrecia Arana. Recuerdo que Lucrecia, para darme las entradas, me pinchaba con un alfiler. Cantamos el dúo, y... ¡se repitió cinco veces! Yo quedé aturdido y creyendo que soñaba. Desde aquel momento, á todos los músicos les dió por escribirme obras, y estrené en la temporada cuatro ó cinco zarzuelas cómicas.

—Es gracioso el caso.

—Contado, sí resulta gracioso; pero yo, entonces, sufrí lo mío. De Eslava pasé, con la Tubau, á la Princesa. Allí debuté con un tipo episódico que tenía veinticinco palabras, y obtuve un éxito grandioso, extraordinario. La Tubau me quiso llevar á América con cuatro ó cinco duros; á propósito de esto, recuerdo que, al hacerme tan ventajosa oferta, me dijo Palencia: «Poco es; pero, como usted pinta, puede ganarse un *plus* vendiendo tablitas.» La cosa me hizo gracia. Claro que no acepté tan tentadora proposición, y volví á provincias, y desde provincias me trajó á Lara mi paisano y amigo Flores García.

—¿Y en Lara?

—Todo el mundo lo sabe. Tuve grandes éxitos. Allí comencé estrenando *Zaragüeta*, tipo que tiene setenta años, y *Los monigotes*, que era un muchacho. Recuerdo que la sordera de *Zaragüeta* la estudié de mi pobre padre; que era sordo como una tapia. También estrené, por entonces, *Oratoria fin de siglo*, que era un pasatiempo que yo había pergeñado para, cuando iba á alguna fiesta particular, entretener un rato á los concurrentes, y ya ve usted el dinero que lleva dado. Mi especialidad eran los monólogos. En Palacio me han tenido, desde la una de la tarde hasta las ocho de la noche, recitando monólogos. Para estas reuniones en Palacio hice algunos á propósito, como *La caza*, que divertía muchísimo á la Reina.

—¿En qué teatro ha trabajado usted más á gusto?

Arrastrado por la sinceridad exclamó:

—Hombre, en Lara; ¡es natural!

—¿En qué obra ha obtenido usted mayor éxito?

—¡Qué sé yo! Porque en la mayoría de los casos me ocurre lo que con *Las de Caín*, que me fuí á mi casa sin saber si había gustado. ¡De verdad! En el camino me encontré con un amigo que

me preguntó por la suerte de la obra, y le dije: «Mira: no sé si gustó ó no.»

—¿Dónde estudia usted?

—En el Retiro.

—¿Y los tipos?

—Los tipos los busco en la calle: los dibujo y me los traigo á casa. Yo todo lo tomo del natural.

—¿Tiene usted buena memoria?

—Sí; regular.

—¿Es usted de carácter alegre?

—No, señor, al contrario: soy muy triste. Mire usted, yo he tenido á mi madre diez y ocho años con un cáncer en la cara; todos los papeles de buen humor que he hecho los he estudiado entre los alaridos de la infeliz y querida enferma.

—¿Se ha «metido» con usted alguna vez el público?

—No: nunca. Es decir, sí; una vez, en Almería, me dieron un pateo morrocotudo. Nos cogió allí el día de los Santos, y el empresario se empeñó en que yo representase el *Tenorio*. Claro que yo me opuse á tal disparate. Se cundió esto por el pueblo, y por la noche, en cuanto se levantó el telón para representar *El centenario*, nos «menearon». Yo, entonces, le dije al público: «Todo este pateo sería pálido ante el que nos hubieran ustedes dado, con justicia, si representamos el *Tenorio*.»

—Después del arte escénico, ¿qué le gusta á usted?

—La pintura; estaba por decir que antes y más que el teatro.

—¿Con cuál artista ha trabajado usted más á gusto?

—Con Nieves Suárez.

—¿Cuánto dinero llevará usted ganado?

—¡Qué sé yo! Unos cien mil duros.

—¿Y ahorró usted algo?

—Sí; lo suficiente para vivir sin el teatro.

—¿Qué actor le gusta á usted más?

—A mí me gustan todos los actores que no trato. Yo voy al teatro con frecuencia, y también deseo que me hagan reír. Y los que más me divierten son: Ortas y Galleguito. Tienen una gracia infantil. Una gracia sana, ¿verdad?

—¿Cómo es que no se ha casado usted? ¿Es que no le gusta la vida del matrimonio?

—No; es que, desde muy joven, hasta este momento, he tenido que vivir y trabajar para mi familia, y... no he tenido tiempo, ni era oportunidad pensar en nuevas obligaciones. Tenía que sacrificarme, y me he sacrificado.

EL CABALLERO AUDAZ



Santiago en una de las habitaciones de su casa

FOTS. CAMPÚA

EL MONUMENTO Á CHAPÍ

El monumento á Galdós, obra de Victorio Macho, seguirá el monumento á Chapí, obra de Julio Antonio. Y ambos en el Retiro, á poca distancia uno de otro, dignificando y ennobleciendo aquella parte del parque más profanada por ciertas esculturas similares en el intento y diferentes en el resultado formal.

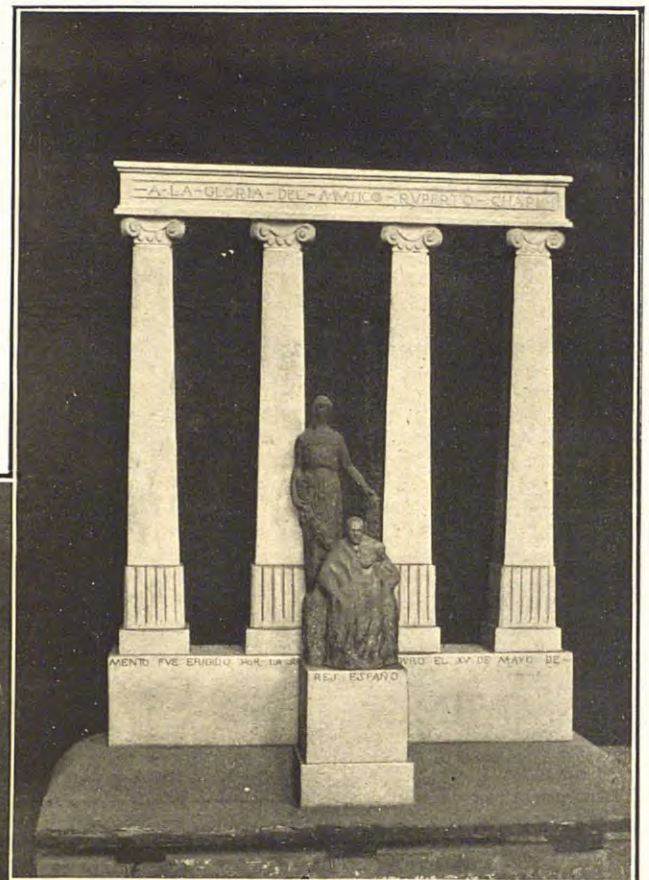
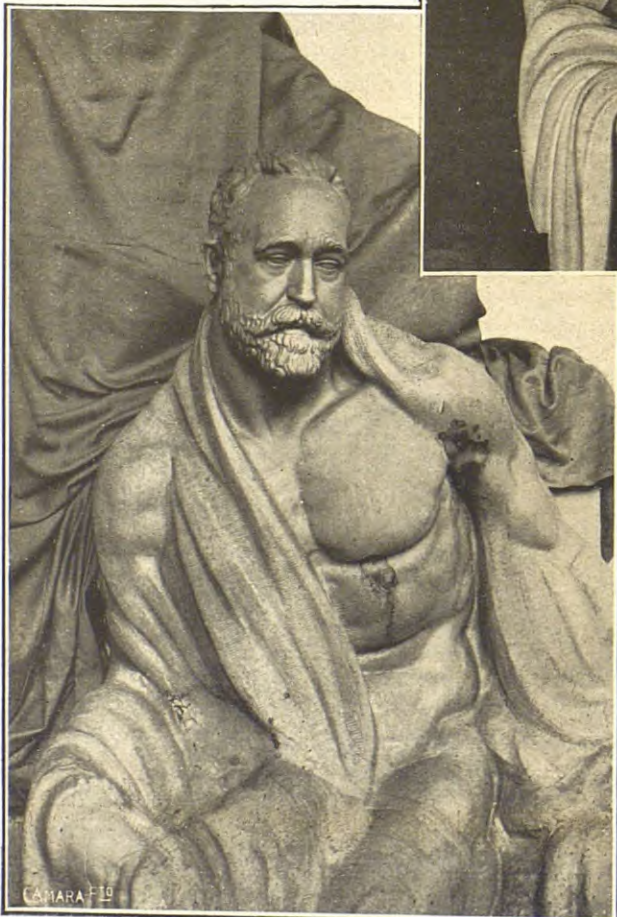
Es, ante todo, una concepción clara y majestuosa. Encontramos en ella los dos factores esenciales y tan felizmente aliados siempre del arte de Julio Antonio: la violencia, la exaltación, el pasional ímpetu interiores y el reposo externo, la tranquila calma de la forma. Nos sugiere Julio Antonio la sensación de un atleta que sostuviera sobre el torso herculiano una testa de poeta juvenil con ojos límpidos y la boca sonriente. Dibuja el vigoroso arabesco muscular, las energías tensas y prontas del cuerpo. Y un bello sosiego facial las dirige, y las reserva para utilizarlas en el instante preciso.

Como en sus hombres desnudos del monumento á la Independencia, como en su Wagner caudal que culminará sobre las frondas del Oeste madrileño, como en las simbólicas teorías de adolescentes y viriles en los relieves del monumento á Cervantes, Julio Antonio concreta este credo de apasionadas violencias latentes y estática eiritmia de líneas expresivas en la idea fundamental del monumento á Chapí. Basta únicamente substituir en el hombre atlético la leve reminiscencia fisonómica del músico muerto á quien se glorifica. El monumento estará compuesto de un peristilo y, delante de él, dos figuras: la de Chapí, sentado y absorto en la gestación de armonías aún imprecisas y vagas, y la de una mujer con mantilla que sostiene una Victoria en la mano y una expresión melancólica en el rostro.

Esta expresión melancólica, esta actitud grave, reposada, de la mujer simbólica, sorprende un poco á los que imaginan la música española con retozos de bacante ebria y voluptuosos esguinces de bailadora de tablado. A panderetas, castañuelas y guitarreros «castizos» suena la música de Chapí para algunos. Y les alegra el ánimo como una caña de manzanilla ó como un requiebro popular. Algo había de eso en Chapí; pero algo también de la otra búsqueda seria y sensible del corazón, más allá de simples periferias sensuales.

De aquí su españolismo. La música española, la literatura española, el arte español no son, no pueden ser, jocundos ni frívolos. Son, por el contrario, racialmente amargos, productos de una tristeza secular. Nos llevaría muy lejos ahora una exégesis estética de esta mujer en que Julio Antonio representa la música de España ó España bañada en la melancolía de su música.

En contraste de la sobriedad material de la estatua de Chapí, esta figura, que lo inmortaliza y de sus hombros parece salir, será suntuosa y fulgente como una imagen de Bizancio. En el bronce que la modelará se



incrustarán gemas y pedirán al sol los esmaltes ricas rutilancias. El rostro de marfil ratificará la casi mística fiebre que consume á las mujeres españolas en el fondo de las provincias recónditas...

Los que imaginaron un Chapí doméstico y familiar ó un Chapí de galería fotográfica y final de banquete, no han comprendido tampoco esta arrogancia viril del hombre desnudo y medio envuelto en paños de clásico pliegamento, ni sus barbas y cabellera estilizadas en decorativos arabescos, ni tal vez la falta de los lentes... Hubieran preferido el músico vestido de frac ante un atril agitando la batuta ó el Chapí compositor con su batín y sus zapatillas, sentado en un butacón y con un papel pautado en la mano, donde, para mayor carácter explicativo de que se trataba de un músico, habría

dibujada una clave de sol. Y, por si aun no estaba harto claro el simbolismo escultórico, se colocaría la figura sobre un basamento con bajorrelieves evocadores de escenas de *La bruja*, *El tambor de granaderos*, *Curro Vargas* y *La revoltosa*.

Lógicamente, el Chapí de Julio Antonio es la refutación absoluta de tan equivocado criterio. Los monumentos no se elevan á los hombres, sino á las obras. No responden á la banal curiosidad, que nunca como ahora puede satisfacerse con fotografías demasiado prodigadas. Eternizan, en cambio, aspectos de diversos ideales. Podrá preocupar á los contemporáneos del hombre glorificado el mayor ó menor parecido fisonómico, y hasta el realismo en la indumentaria; pero, en cambio, tenemos el deber de darle una apariencia eterna, de ayer, de hoy y de mañana, sin empuqueñecerle con este pobre, grotesco y ridículo vestido moderno, tan poco escultórico.

Diríase que Julio Antonio, á quien por unos momentos amenazó desde la Sociedad de Autores Españoles el mismo veto de incompreensión que puso la *Société des Gens de lettres* al Balzac de Rodin, tuvo en cuenta el consejo laudable de Robert de la Sizeranne en sus *Cuestiones estéticas contemporáneas*:

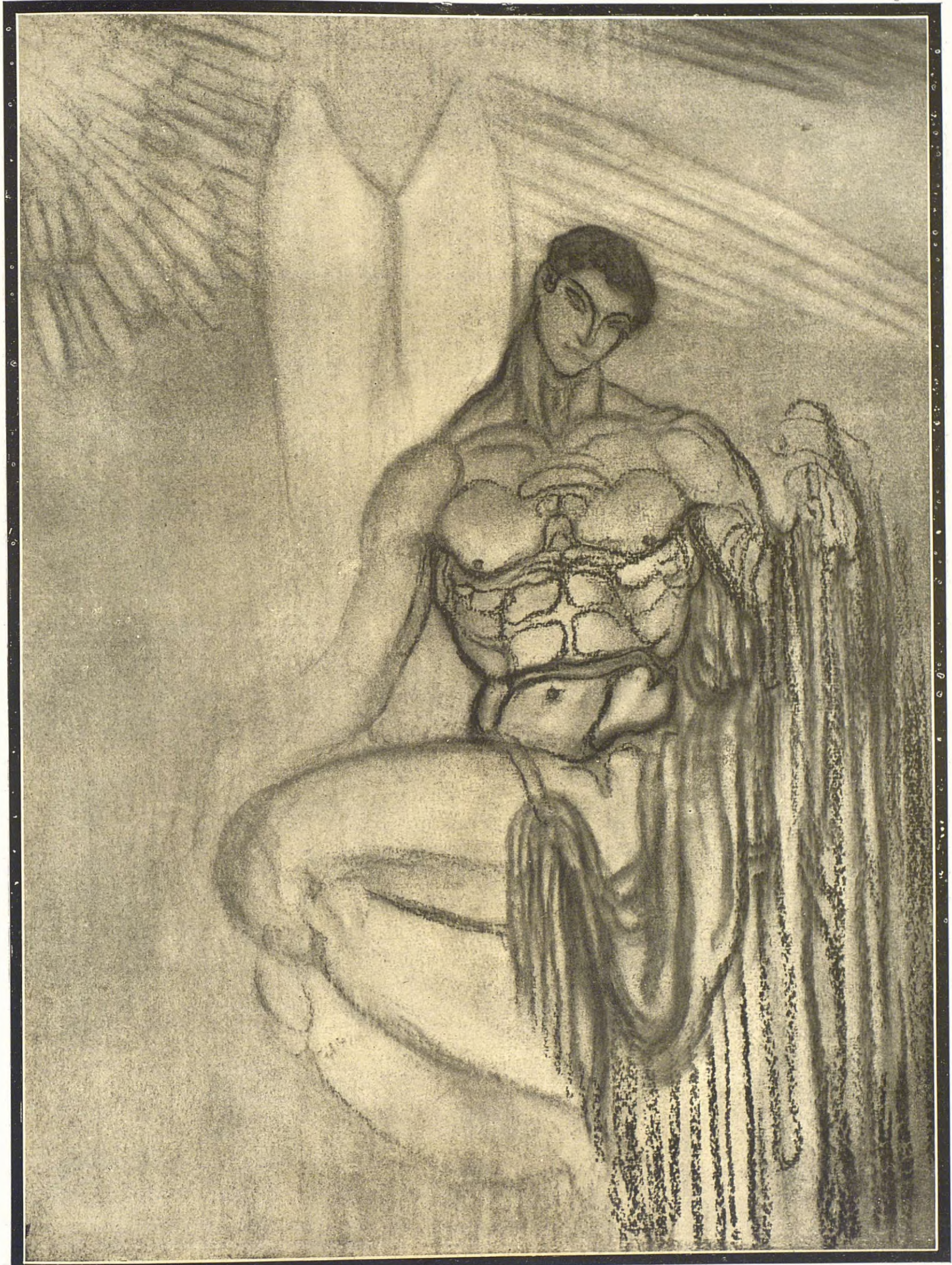
«No os preocupéis de representar las costumbres de vuestra época, ni sus aspiraciones psicológicas, sino de representar lo que encontréis bello en todos los tiempos, según vuestras aspiraciones, aunque éstas sean distintas de las del mundo en que vivís.

«Id sencillamente á lo que os parezca bello, como el río al mar y el pájaro á la espiga cargada de grano. Si un ropaje os agrada más que una levita, echad el ropaje sobre los hombros de vuestro héroe. La gente se sonreirá dos, tres días, pero los años le conservarán, porque solamente será tenido por grande si le hacéis bello.»

Fiel á esta norma de independencia, de sinceridad con su propio arte, el monumento á Chapí responde á toda la obra profunda que se ha ido desenvolviendo en altivo alejamiento y fecundo silencio, y realizada por uno de los más puros escultores de nuestra época, y á la cual se le consagrará en LA ESFERA próximo y detenido estudio.

JOSÉ FRANCÉS

LA ESCULTURA MODERNA



Idea fundamental del "Monumento á Chapi", original de Julio Antonio
Dibujo del insigne escultor, hecho expresamente para "La Esfera"

RINCONES DE TOLEDO

UNA IGLESIA MUDÉJAR



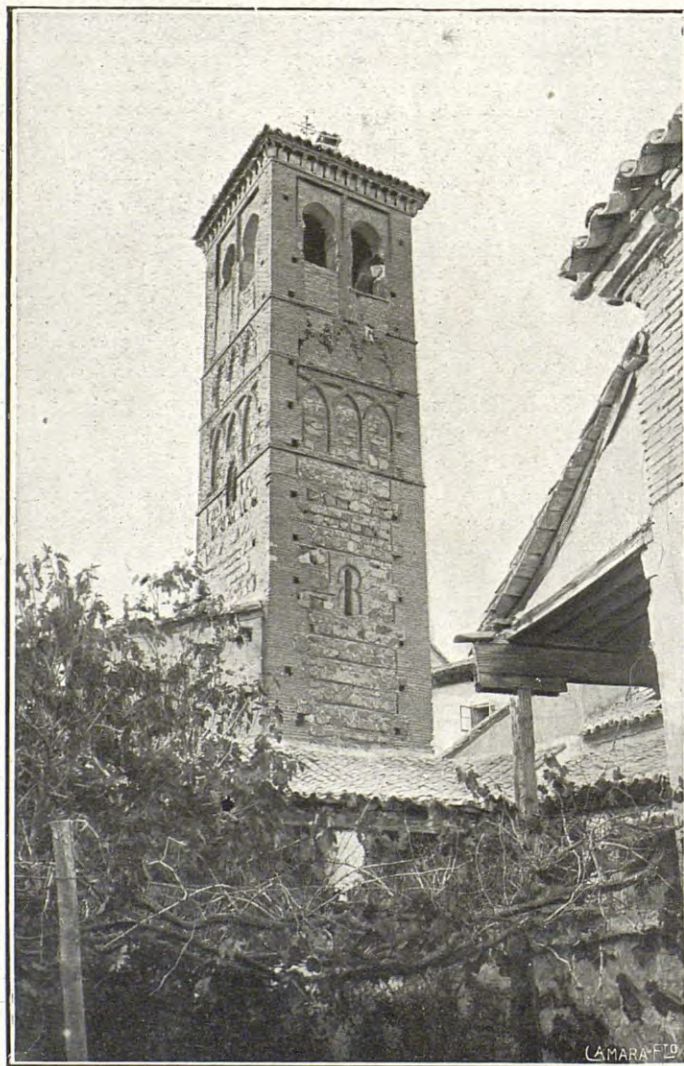
Una vista de la iglesia de San Miguel

EN un barrio retirado de Toledo, cerca del Alcázar, pero en apartado rincón que apenas visitan los turistas, ya generalmente llevados por la inflexible pauta de una Guía Bøedeker, sin libertad de movimientos, con un itinerario preestablecido, se eleva la torre de San Miguel, del más puro estilo y gusto mudéjar, rival de San Lucas. Apenas, sin embargo, es mencionada en las guías de Toledo, y sólo los arqueólogos bien conocedores y expertos la señalan á la atención del visitante. Martín-Gamero la conoció y la ensalzó como era debido; Quadrado, en sus *Recuerdos y bellezas de España*, en el tomo dedicado á Castilla la Nueva, apenas si le dedica unas líneas de mención pasajera, sin ahincar en sus bellezas... Y, sin embargo, San Miguel es una de las más bellas iglesias de Toledo; puede competir con San Román y San Lucas en pureza de líneas, y encierra recuerdos históricos de incalculable valor.

Fué, en la época mora, monasterio, cuyo abad, Julián, firmó las actas del Concilio IX, en el año 675. Fundación del monasterio como tal monasterio muy anterior á la iglesia, que data, aproximadamente, de hacia 1194, en pleno apogeo del gusto mudéjar. Toda su estructura interior indica el carácter que tuvo de primitiva construcción árabe, y muestra una flagrante similitud con la iglesia del mismo patronímico, de San Miguel de Escalada, en la provincia de León.

La torre, de arquillos estalactíticos y arcos de ojiva túmida, es sólo comparable, en gusto y sabor de época, á Santo Tomé, San Román y Santiago del Arrabal. Las otras, no obstante, han merecido la estimación y visita de todos los anticuarios, mientras que de ésta apenas hablan sino como de pasada y vergonzantemente... ¡Extraña preterición é incomprensible olvido!...

Como San Miguel de Escalada, fué iglesia de Templarios, y bien lo delata—



Torre de San Miguel

si no lo acusasen documentos históricos—la enorme y sólida campana mayor, con la cruz del templo y fecha de 1210. Lo revelan, á más de ese detalle inconfundible, las leyendas sepulcrales y los blasones de que está sembrado el interior de esta iglesia... Y los edificios cercanos, el grupo de casas apiñadas á su alrededor, muestran la huella de los caballeros del Temple en copiosas é instructivas inscripciones que el docto arabista D. Pascual Gayangos interpretó atinadamente.

Inscripciones por este orden: «El reino de Dios es el único... La bendición viene de Dios... Abundancia, riqueza y seguridad perfecta asistan al dueño de esta casa...»

En esa misma casa, en el fondo de un arco bordado de alharaca, de entrelazados follajes, ábrese hacia el patio una á modo de celdilla oratoriana donde algún noble caballero se postraría, la blanca capa al viento... En estos vestigios se advierte cuán caballerosa y cristianamente los templarios respetaron las inscripciones árabes. El tiempo había de respetar también la roja cruz que en los ahumados techos atestigua la estancia de la orden de los Templarios en aquella casa é iglesia...

Y aquel claustro tan bello, con aquel jardín descuidado hoy, selvático y agreste; aquel claustro, ¿no tiene toda la altiva y noble apariencia de un claustro procesional?...

Por aquel claustro, ¡cuántas veces habrán desfilaro los gallardos caballeros del Temple!... El viento que agitaba los ramajes del jardín, encrespaba las greñas caballescadas sobre las nobles frentes pensativas, y hacía ondear las capas blancas, con la cruz roja en medio, como un corazón sangrante en amor por los hombres y por la fe de Cristo...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

FOTS. VILLALBA

PIANISTAS ESPAÑOLAS

JULIA PARODY

JULIA Parody se destaca con marcado relieve del grupo de pianistas españolas, todas muy notables, que actualmente brillan en España, por su temperamento vigoroso, por un conjunto de cualidades nada comunes, y que sólo se encuentran reunidas en las artistas de positivo mérito. Si á esto se añaden los naturales encantos de la graciosa artista malagueña, su viveza, su clara comprensión, se comprenderá por qué su arte de tocar el piano, el encanto que comunica á sus interpretaciones y el *color* del sonido que sabe obtener merced á una pulsación emotiva, mueve nuestro ánimo con una sincera simpatía. Porque la Parody sabe que la mano de un pianista es la mensajera del corazón, y es preciso hacer de ella un mecanismo perfecto con que expresar el pensamiento del compositor, los sentimientos del artista, reflejándolos en los de su auditorio.

Yo, que no había tenido el gusto de hablar de cosas de arte con la simpática pianista hasta hace poco, no podía figurarme lo bien documentada que está, como lo prueba su historia artística, hecha á conciencia, y los triunfos que ha obtenido en España y en el Extranjero.

Julia Parody hizo sus primeros estudios musicales en Málaga (de donde es natural), con el maestro Barranco. Siendo muy niña, vino á Madrid á estudiar particularmente con Tragó, convenciéndola el ilustre maestro para que se matriculara en el Conservatorio, donde obtuvo el primer premio y, más tarde, el piano Erard.

Julia Parody, que había conseguido todo á lo que un artista puede ambicionar aquí, se trasladó á París con sus padres (que la han acompañado á todas partes), matriculándose en la clase del célebre Marmontel, pasando al poco tiempo (por fallecimiento de Marmontel) á la clase de Cortot, donde era el número uno, obteniendo el segundo premio extraordinario Girard.

A la vez, asistía á la clase de Conjunto de Lefebvre, en la que se interpretaban obras de diferentes combinaciones propias de la especialidad: piano con instrumentos de arco, de viento, etc. (sonatas, tríos, cuartetos, conciertos), completando así su cultura musical, tan necesaria para todo intérprete inteligente.

En París tomó parte en varios conciertos benéficos celebrados en las salas del Conservatorio, Erard, Fémina y otras.

No satisfecha la insigne pianista, hizo un viaje á Berlín, con objeto de ampliar aun más su educación musical, estudiando en el Conservatorio oficial con Rosler. En este importante Centro obtuvo el título *Reife der Zeugnis* (certificado de perfeccionamiento), que consiste en un examen de piano, armonía, lectura á primera vista, reducción de partituras al piano, historia de la Música y digitar una obra, matizarla (colorido, acentos, tiempo).

Julia Parody nos muestra los justificantes de todos sus diplomas, programas de conciertos y juicios muy halagüeños de los críticos más im-



JULIA PARODY
Eminente pianista española

FOT. ALFONSO

portantes de Berlín, que reconocen en la Parody cualidades técnicas sorprendentes, precisión y pureza en la ejecución de los pasajes más difíciles, y otras condiciones muy superiores á lo corriente.

En una de las más amplias y hermosas salas de Berlín, en *Neue Welt*, tocó con la orquesta de Blütherer el concierto en *sol mayor*, de Beethoven, y en las salas de la Filarmónica, y en Bechstein-Saal, tuvo éxitos resonantes.

También tomó parte en un concierto celebrado en el suntuoso palacio de la Embajada española, en el que fué presentada á la nobleza berlinesa.

La Parody es una admiradora de Alemania (todos lo somos de sus artistas universales, de sus grandes músicos, filósofos y sabios), entusiasmándose con la afición que hay á oír buena música y con la organización de los Cen-

tros musicales que, como la Escuela Nacional de Música (*Hochschule für Musik*), que dirige Humperdinck, y en la que figuran especialidades (aunque no sean alemanas, pues eligen lo mejor de cada país), de la fama de Marteau (violín), Donhanyi (piano), Wanda Landowska (clavecín), Paul Juon (teoría de las formas musicales), Cecilia Gagliardi (italiano aplicado al canto) y otros muchos.

La crítica más reputada de Berlín ha juzgado, como he dicho antes, con rara unanimidad, á la Parody. El crítico de *Berliner Lokal Anzeiger* dice «que está dotada de una fuerte naturaleza musical», y el de *Berliner Konzerte*, «que revela sobre toda otra cualidad la claridad y la fuerza de expresión. Y así seguiría extractando opiniones, todas favorables para el talento y el arte de nuestra compatriota.

Ha dado conciertos también en Munich, Praga, Stúgartt, Hamburgo; ha recorrido, en viaje de recreo, parte de Suiza, Bélgica é Italia, saturando su temperamento inquieto y su sensibilidad delicada con impresiones de arte, naturales y artísticas, para ella inolvidables.

En España ha tocado en las filarmónicas más importantes, en el Ateneo, en la Nacional, en el Círculo de Bellas Artes, en el Casino de Madrid, en el Gran Casino de San Sebastián, y en todas partes con éxito creciente.

Tal cantidad de pianistas eminentes ha oído la Parody, que, al interrogarla por los de su preferencia, me dice que los que más impresión la han hecho han sido: Teresa Carreño, que la dijo, siendo muy niña, que seguiría sus huellas (en Berlín la llamaban la segunda Carreño); Cortot, que, en su opinión, es el más completo; Rosenthal, Gabrilowich y Buzoni.

Le gusta mucho tocar en público, y tiene grandes deseos de tocar con orquesta, lamentando que, contando con orquestas inmejorables y profusión de conciertos sinfónicos, no se prodiguen más los conciertos con piano y orquesta y no se introduzca la costumbre (que tendrá que llegar) del solista (pianista, violoncellista, violinista, cantante, cuya *literatura* es tan interesante como poco conocida).

Sus autores preferidos, y los que más toca, son, en primer término, Bach, que la emociona intensamente; Schumann, Chopin, Franck (que la gusta también muchísimo, con lo que revela su buen gusto), y los clavecinistas.

De los españoles, Albéniz (casi en su obra total) y Turina.

Yo la oía hace unos días en la sala del Conservatorio, con motivo de inaugurarse la Sociedad Coral (una nueva Sociedad que viene á aumentar el número de las que ya funcionan en Madrid, que anuncia grandes proyectos), y en esta interesante sesión se confirmaron mis juicios sobre el valor artístico de la excelente pianista Julia Parody, artista de corazón.

ROGELIO VILLAR



“Rafael en el Vaticano”, por Horacio Vernet

En Horacio Vernet se reunieron, excepcionalmente, el genio y el abolengo artísticos. Es, por lo general, ley de herencia, que los hijos de hombres de talento carezcan por completo de él, ó, al menos, si alguno tienen, sea para labor diversa, cuando no contraria, de la de su padre. Horacio Vernet, gran pintor de asuntos militares, fué hijo de Carlos Vernet, gran pintor de Historia; nieto de Claudio Vernet, gran marinista; y, en fin, bisnieto de Antonio Vernet, gran paisajista. Último descendiente de esta dinastía gloriosa, Horacio Vernet (1789-1863) adquirió pronto fama que en breves años medró, hasta convertirse en la popularidad más grande que haya conocido, en vida, pintor alguno. A ello contribuyeron, en primer lugar, el talento personalísimo y fuerte del artista, y, en segundo término, su significación como pintor de las epopeyas revolucionaria y napoleónica, en plena Restauración. Esta significación dió lugar á que Vernet fuera perseguido, hasta el punto de ser rechazados todos sus cuadros en las exposiciones oficiales. Más tarde, comprendiendo que tales vejaciones no hacían sino acrecentar la popularidad de Vernet, el rey Carlos X optó por un sistema de concordia, y brindó al joven artista la dirección de la escuela francesa de Roma. Al regreso de Italia, Vernet recibió, del rey Luis Felipe, el encargo de una serie de cuadros para la galería de Versalles. Trabajó el artista durante seis años en esta labor; pero, á la hora de liquidar cuentas, el rey, que era tacaño, discutió de tal manera el precio, que Vernet, perdida la paciencia, faltó á todos los respetos debidos al monarca, y de aquella histórica entrevista salió el pintor para el destierro. Fué á Rusia, donde el zar le colmó de favores, y de allí pasó al Africa, donde pintó escenas de guerra y cuadros de costumbres marroquies. Las obras maestras de Vernet son: *Jena*, *Friedland*, *Wagram*, *Valmy* y *El último cartucho*; y fuera de los asuntos militares, su famoso cuadro *Rafael en el Vaticano*. Representa este último cuadro una escena episódica, compuesta según la siguiente anécdota: Un día, en el Vaticano, se encontraron Rafael y Miguel Ángel. Este iba solo, y á Rafael acompañaban sus discípulos. Miguel Ángel dijo á Rafael: «—Con semejante escolta, mejor que un artista, parecéis un general. —Y vos—replicó Rafael—vais tan solo que, mejor que un artista, parecéis un verdugo...»

BAYONA DE ESPAÑA
MORADAS HISTÓRICAS



Casa construida por D. Policarpo de Mendoza, deán de la catedral de Santiago, á fines del siglo XVIII

Where the great vision of the guarded mount looks toward Namancos and Bayona's hold.

Lycidas.—MILTON.

EN el límite del solar español, cerca de la risueña y amable tierra portuguesa, donde la gran visión de las montañas contrasta con la llanura inquietante del mar, hay un valle maravillosamente verde, que se abre por uno de sus lados sobre la costa; y al extremo de este valle, una blanca villa al pie de una península coronada por viejas murallas: Bayona del Miñor.

El recinto defendido avanza en el agua, y el caserío que se extiende á sus dos lados se retrae en el cristal de la bahía, y llega hasta las rocas batidas eternamente por las olas. Y las piedras altivas y guerreras separan dos modos de paisaje: el blando y femenino del interior, con sus playas suaves en que el agua suena armoniosamente, con sus montes cuajados de pinos que llegan á la orilla del mar, y el bravo y violento de la costa acantilada y desnuda, de las islas grises que se hacen borrosas en la neblina de las rompientes...

Hoy, Bayona del Miñor es una humilde villa de pescadores, que descansa de su vida legendaria y evoca su pasado azaroso y brillante. Testigos de él son las murallas de Monte Real, doradas por los siglos; su bella colegiata romántica, y las casas solariegas y silenciosas que encontramos en las calles torcidas, en las plazas que comentan sonoramente nuestros pasos...

La actual Bayona se llamó Erizana en la antigüedad, y fué señorío de los monjes de Santa María de Oya por privilegio de Alfonso VII, fundador de este monasterio, á mitad del camino del poblado á la frontera portuguesa.

Poco tiempo después, á principios del siglo XIII, Alfonso IX de León concedió fueros á los habitantes de Erizana y de Báredo, aldea próxima, y dió á la nueva villa el nombre de Bayona. Para ella empezó una era de prosperidad, siéndole concedidos otros privilegios, fueros y franquicias, por Fernando III el Santo y Alfonso XI, deseosos de fomentar el aumento de las poblaciones marítimas. Don Juan I, en el siglo XIV, hizo merced de Bayona á Vasco Pérez de Camoens, pariente del gran poeta lusitano, quien no supo defenderla de los ingleses del duque de Lancaster, y cuando éste abandonó sus pretensiones á la corona de Castilla y se hicieron las paces con el rey de Portugal, D. Juan I, hizo perder su señorío á Camoens y ordenó que los

habitantes abandonasen la villa y habitasen en Monte de Boy, para su seguridad.

En 1425, D. Juan II señala como únicos puertos del reino de Galicia para comerciar con el Extranjero los de Coruña y Bayona; pero tanto bienestar y prosperidad acabarían pocos años más tarde, pues las guerras de sucesión á la Corona, á la muerte de Enrique IV, y las luchas de los siervos contra los señores iban á destrozarse la región, sumiéndola en la obscuridad y en la ruina.

Y en este momento, de tanto interés para la historia de España, y para la historia gallega particularmente, se dibuja la figura violenta y feudal del más ardiente defensor en Galicia, de la Beltraneja: Don Pedro Alvarez de Sotomayor, conde de Camiña por merced de D. Alfonso V de Portugal, que apoyaba los derechos de Doña Juana.



Una de las puertas de la muralla del castillo de Monte Real FOTS. VICENTE

Vasco de Aponte, en su *Tratado de linajes de Galicia*, que escribió en 1533, dice que la Casa de Sotomayor «de las nueve casas que en el reino son las más sabidas desde la muerte del rey Don Pedro, es la más antigua de todas», y que «para mandar la Casa de Sotomayor todo el Obispado de Tuy, sólo le faltaba el Condado de Ribadavia y la villa de Bayona y la casa de Sabroso, y aun en ésta algo mandaba».

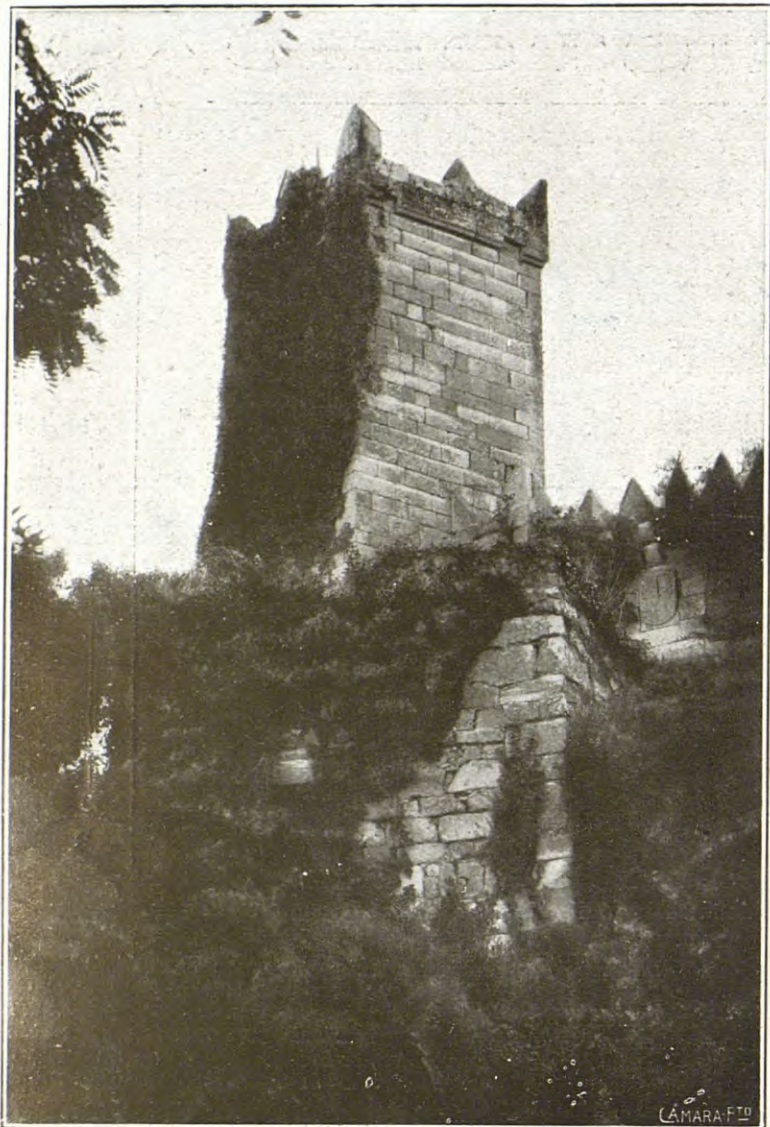
Al fallecimiento de Fernán Yáñez de Sotomayor, que, según Vasco de Aponte, «nunca fué vencido ni preso», le sucedió su hijo Alvaro Páez, «á cuya muerte, sin hijos ni hermano legítimo, quedó un hermano suyo bastardo, que había de ser clérigo, que se llamaba Pedro Alvarez de Sotomayor, y era bastardo natural que lo hubiera su padre Fernán Núñez de una hermana, prima ó sobrina de la condesa de Ribadavia, la que murió á lanzadas».

Llegó la época de las revueltas aldeanas, cuando los villanos gallegos hicieron Hermandad y se levantaron contra los señores y derrocaron todas las fortalezas de Galicia, con excepción de la de Pambre, y Pedro Alvarez se acogió á Portugal, donde el rey le casó con Doña Teresa de Tábora.

Allá pidió á sus parientes y amigos auxilio para recuperar sus tierras, lo que consiguió, recuperando también las de los demás señores que le acompañaron en la cruzada, derrotando siempre á los villanos capitaneados por Alonso de Lanzós y el hijo del conde de Trastámara; y cuando el arzobispo de Santiago, D. Alonso de Fonseca, quiso deshacer á los caballeros gallegos, luchó contra él y le tomó á Padrón, Pontevedra, Vigo, Redondela, Caldas y Castro do Monte, y á la Corona Real tomó Bayona con el Monte de Boy, y arrebató Tuy al obispo, y además de tomar otras fortalezas, mató á Gregorio de Valladares y á Tristán de Montenegro, en cuya sepultura, en el convento de Santo Domingo, de Pontevedra, grabaron: *Aquí yace Tristán de Montenegro; murió de un espingardazo.*

Le llamaban entonces Pedro Madruga, porque madrugaba mucho para hacer sus cabalgadas y sus hazañas; nos dicen que era un aventurero audaz que hacía la guerra por mandato imperioso de su temperamento.

En poco más de dos años logró todos estos éxitos, hasta que, preso á traición por gentes del conde de Benavente, y tomada por asalto Bayona por las tropas de Ladrón de Guevara, su fortuna empezó á declinar. Sin embargo, poco después, y habiendo pasado otra vez la ciudad de Tuy al obispo D. Diego de Muros, éste, con gran fuerza de escuderos y peones, fué á Bayona, y creyendo que era aquel lugar seguro, por



La torre del Reloj y una puerta del castillo de Monte Real

haber allí un corregidor de los Reyes Católicos, despidió á los suyos á la llegada, riñendo con ellos por cuestión de las pagas.

Sabido esto por el conde de Camiña, envió á la villa una noche sesenta criados suyos, que cercaron la casa del obispo, y encomenzaron—dice Vasco de Aponte—á meter cinco apellidos: Sotomayor, Villamayor, Ulloa, Andrade y Moscoso y otros apellidos, y aunque en los de la villa había diez para cada uno, nunca osaron salir de su casa, y los del conde echaron fuego á la casa del obispo y lo sacaron preso por la barba encima de una mula ó macho, y traíanlo de monte en monte, de bal en bal y de fortaleza en fortaleza.

Quince meses duró el cautiverio del prelado, hasta que el de Camiña, temiendo de los Reyes Católicos, lo mandó libentar, y se acogió al monasterio de San Leonardo, en Alba de Tormes, para solicitar el perdón Real, que no llegó, pues fué ajusticiado allí por el alcalde de Provano en 1486.

Bayona empieza nuevamente á florecer. Un suceso feliz viene á dar más brillo á sus blasones; Pinzón, con la carabela *Pinta*, fondea en su puerto, haciendo la primer escala en la tierra española, al regreso del descubrimiento de las Indias

occidentales. Los Reyes Católicos fortifican Monte de Boy, conceden privilegios á los vecinos que en número de doscientos ó más vayan á poblarle, y le dan el título de Monte Real. Esta carta-puebla está expedida en Burgos el 15 de Enero de 1497.

Al amparo de este nuevo orden de cosas, la villa de Monte Real llegó á contar setecientos vecinos; pero el pueblo mariner y pescador no

abandonó la villa vieja, que también prosperó á la par.

Felipe II fortificó nuevamente Monte Real, y puso en ella guarnición de soldados.

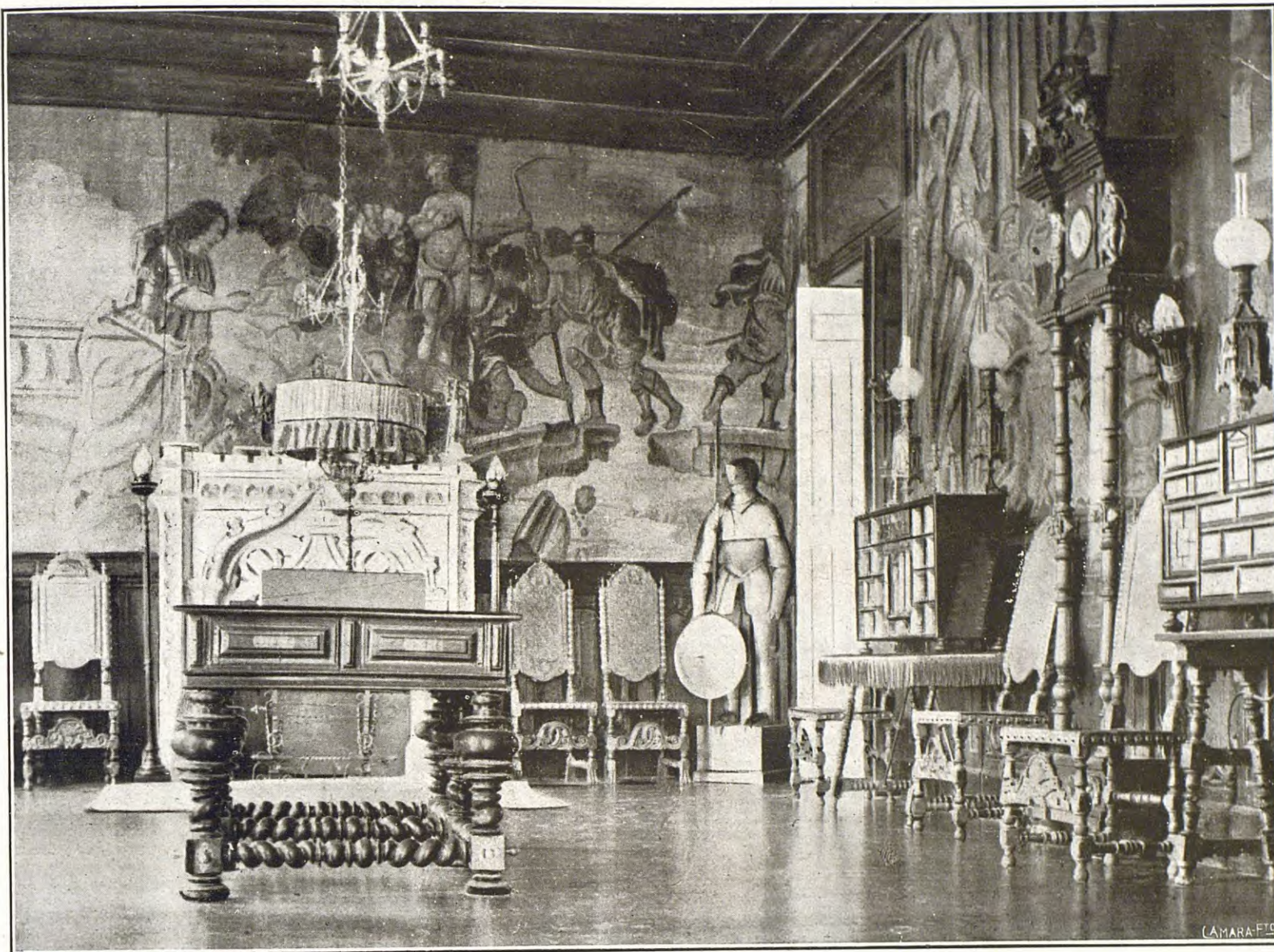
Transcurrieron los años, y nuevos progresos en el arte militar impusieron sucesivas reformas á la fortaleza, al fin anulada por los adelantos artilleros. La Historia, pródiga con este monte glorioso, desencadenó guerras y conflictos continuamente sobre él, y la última vez que las baterías de Monte Real hicieron fuego contra sus enemigos fué en 1843, cuando el pronunciamiento del general Iriarte en Vigo, quien mandó una columna á Bayona para apoderarse de la fortaleza, lo que no consintió la lealtad de sus defensores.

ooo

Pasaron las glorias militares y los esplendores de fortuna, y el tiempo—ese viejo escultor, como le llamó Víctor Hugo—ha dejado su dorada caricia en las viejas piedras de Monte Real, abrazadas por la hiedra y coronadas de una frondosa vegetación. El Monte de Boy antiguo y legendario es, desde el último tercio del siglo pasado, una espléndida posesión particular, que hoy pertenece á la marquesa del Pazo de la Merced, viuda del insigne político que



El palacio de Monte Real, en Bayona



Salón de tapices del palacio de Monte Real

tanto se señaló en la restauración de la dinastía, D. José Elduayen.

En lo más alto de la península, antiguo emplazamiento de un convento de franciscanos, construyeron dichos señores un palacio en el gusto del Renacimiento, y sobre el que ya ha pasado cerca de medio siglo, en que los vientos marinos y las lluvias han empezado á entonar las irreverentes piedras nuevas.

Una escalera suntuosa, un comedor abovedado y señorial, un salón de tapices y armaduras, algunos cuadros antiguos españoles en la capilla recogida y devota, es lo que guarda en su interior esta casa, todavía demasiado joven. Con ser mucho, no está en ello su interés mayor. Lo que la hace única es su situación y el paisaje que desde ella se contempla.

En los días serenos del verano, tiene este rincón una luz mediterránea. El valle es una gran sinfonía verde; los arenales ciegan; las peñas se destacan á la orilla del agua azul y encalmada.

Luego cae la tarde con una penetrante desgarradora melancolía, y si en la noche magnífica de silencio y de paz surge la luna tras las crestas graníticas del Galineiro, pinta en el cristal de la bahía un trémulo camino de luz é inunda con su pálida caricia las viejas murallas almenadas; el cuadro es tan bello, está impregnado de un perfume tal de lejanía y de irrealidad, que nos recuerda aquellas deliciosas fantasías soñadas por Gustavo Doré...

En los años en que el fundador disfrutó aquel retiro—digno de un príncipe poeta—é hidalgamente recibidos por él y por la bella castellana, visitaron Monte Real cuantas personas figuraron á la cabeza de la sociedad española en el arte, en la aristocracia y en la política.

Sus Majestades los Reyes Don Alfonso XII y Doña Cristina y la Infanta Doña Isabel han honrado varias veces con su presencia esta morada y esta villa.

Y, actualmente, lejanos ya los recuerdos de

horas mundanas y brillantes, en la calma apacible del estío, no pasan muchos días sin que alegres caravanas de peregrinos, atraídos desde lejos por la belleza del sitio, lleguen en absurdos automóviles á despertar los viejos ecos dormidos bajo los arcos gloriosos.

La castellana ya no es joven, pero sus ojos guardan inextinguible el recuerdo de la juventud, y su conversación, esmaltada de *saudades* de tiempos mejores, es un encanto más que añadir á los de su dulce nido feudal.

A la puerta de Monte Real se llega por un camino orillado por árboles centenarios, entre una playa de pescadores y un campo donde las mujeres marineras cosen las redes mientras cantan las viejas canciones del país.

Dos garitas de piedra dan guardia á la entrada, de donde arranca, bajo el túnel de la fronda, la carretera que sube al palacio. A poca distancia, y en una revuelta brusca, aparece la puerta del primer recinto de murallas. Esta puerta monumental, flanqueada por dos columnas, está coronada por una bella piedra de armas con el escudo de los Austrias, y debajo una inscripción reza que fué construida reinando Felipe IV, en el año de 1656.

Más allá, y dejando á la derecha un baluarte llamado «El Cantiño», el camino domina la bahía y el valle, á cuyo fondo se levanta el palacio de los condes de Gondomar, que fueron gobernadores de esta plaza.

Detrás dejamos la masa imponente de la torre del Reloj, por cuyos flancos trepa la hiedra, que conmueve los sillares.

En esta torre estaba la campana que servía para anunciar la llegada de enemigos, campana que costó diez ducados, y tenía la fecha de 1510.

Al lado se abre la puerta del Sol, y un poco más arriba, y pegada á la cortina que mira hacia la villa; se levanta, restaurada, la casa de Pedro Madruga.

Siguiendo el camino almenado, frente al hori-

zonte sin límites, llegamos á la torre del Príncipe, atalaya situada en la parte más saliente de la fortificación, frente á las islas y á la entrada de la bahía de Vigo. Desde este sitio corre la muralla, á gran altura sobre las rocas, hasta la prisión de la Terraza, torreón imponente, de esbelta línea, que flanquea con el Cantiño una playa de arena fina y de suave pendiente, sombreada por pinos y animada por un gran bosque de geranios.

Si continuamos por la carretera principal, abandonada antes al pasar la primera puerta, hallamos una segunda de muy bello dibujo, defendida por una barbacana y coronada, como la anterior, por las armas españolas. Al otro lado, la clave del arco ostenta el escudo con las trece roelas de los Sarmientos.

En este sitio el bosque se hace más espeso todavía, y el camino sube ondulando, bajo el ramaje que oculta el cielo, hasta salir frente al palacio que, cimero y luminoso, se alza á su final.

Así es en la actualidad el castillo de Monte Real. Su mole gris, que arranca en partes del agua misma, parece oponer un poder de eternidad á la eterna fuerza del mar y guarda, á través de los siglos, un aroma caballeresco y legendario.

La historia de este monte es la historia de Bayona, toda llena de ruido de armas, de desembarcos de piratas, de incursiones de tropas abigarradas y crueles.

La sombra del conde de Camiña pasa por el adarve al morir el día, meditando nuevas algarras, mientras la campana de la colegiata invita á la oración de la tarde y los bravos pescadores de antaño se recogen al puerto después de las faenas de la jornada. Para ellos la Historia sigue abierta siempre, inexorablemente, por la misma página, una página que dice de privaciones y de peligros, de resignación y de humildad.

CONDE DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



Las flores son el mejor adorno de la mujer.
Nada más seductor que un cutis femenino que compita en suavidad y tersura con los pétalos de las rosas. Un madrigal de amorosas alabanzas acompañará á cuantas empleen en su *toilette* las exquisitas creaciones «FLORES DEL CAMPO», que encierran los codiciados secretos de distinción y juventud eternas.

Su JABON, espumoso, higiénico y perfumado; los adherentes é impalpables POLVOS DE ARROZ; la COLONIA, finísima; LOCION, RON QUINA, BRILLANTINA y EXTRACTO; en una palabra, todos esos admirables productos que la PERFUMERÍA FLORALIA creó, han servido de aliados poderosos á la belleza y suspirado buen tono.

DIBUJO DE PENAGOS

PÁGINAS FEMENINAS

SOMBREROS

LA primavera empieza á florecer en las mujeres; son ellas las que enfloran la calle, las que traen la primavera á las ciudades y las hacen reír y engalanarse.

Pero las mujeres adelantan siempre la primavera. París, el dictador de las modas, lanza desde el mes de Febrero las creaciones que se lucen en la Costa Azul y en la Costa de Oro, y que son el primer anticipo de nuestras modas primaverales.

Este año el sombrero apenas ha variado, á pesar de la influencia oriental que nos lleva hasta el turbante, no diré *estilizado*, sino *estropeado*, á lo Madame de Stael. La novedad está en que, en vez de hacerse de terciopelo ni de paja, se hacen de seda y de gasa.

Una característica es el poco adorno. Un sencillo lazo, un bordado en felpilla, artístico y discreto; á lo sumo, una guarnición de cabezas de *aigrettes*, que son el sumo lujo. Las *aigrettes* grandes están cada vez más caras, más difíciles de encontrar; esa riqueza que lleva en la cola con desdén la garza, y de la que se enorgullecen las damas cuando la colocan en sus tocados, escasea en los momentos actuales. No se puede pensar tanto en la pluma de un animal cuando empieza á faltar la carne.

A este estado de cosas responde, sin duda, el favor de la forma sencilla, ajustada, propia para ocultar el cabello, y que tan poco favorece, aunque hace resaltar los ojos grandes, con cierta audacia, que no tienen bajo los sombreros de anchas alas caídas sobre el rostro, que ponen algo de mayor dulzura y mayor misterio en la mirada.

Por eso, sin duda, ese sombrero de alas cobijadoras no cae nunca, y su silueta aparece siempre entre los otros sombreros, renovándose sólo por las variaciones de los pliegues y combinaciones que le hacen sufrir las lindas telas.

En los colores reina gran severidad; dominan los sombreros oscuros, los sombreros negros. No es la primavera la que trae los sombreros claros y detonantes; éstos son de más avanzada la estación del verano, que los exalta y los funde en una armonía de co-



lor, debida á lo dorado de su luz. El elegir sombrero es un arte en el que hay que tener en cuenta el color de los ojos, de los cabellos y del cutis, la estatura y la línea, la forma de la nariz y la expresión del rostro; pero en el que aun tiene más importancia la luz. Los efectos de luz juegan con la tonalidad de los colores y con la belleza de las mujeres; por eso es discreto acogerse á los tonos oscuros, los medios tonos, los fundidos y discretos, que, á falta de otras condiciones, se salvan por su misma sencillez.

Los sombreros de esta primavera son así, no precisamente por una voluntaria elección del buen gusto que crea las modas, sino por necesidad, porque los sombreros en *pico* de Italia ó en paja inglesa han subido tanto, que no les ha convenido á las modistas de sombreros lanzar la «moda de la paja», que hubiera dejado de ganancia, para un trabajo de artistas, un margen insignificante. Además, los sombreros de paja son fácilmente reproducibles por las grandes *rotativas* de las fábricas, que sólo necesitan los tres modelos principales para inundar el mundo de una edición monótona de novedades.

Por eso y por lo otro, la fantasía de los modistos de sombreros ha complicado la forma de los sombreros, y casi no existe esta temporada el tipo de sombrero de moda, sino una multitud de tipos, todos distintos entre sí, cada uno con su originalidad propia debida al momento de *inspiración* de tal ó cual modisto que, aunque repitese una misma forma, la sometiera á la rectificación que trae el otro *momento* de la mano.

Todo está lleno de sombreros personales, incomparables unos con otros, y esto hace que la elección esté más llena de incertidumbre que lo está siempre, pues está más repartida y más perdida entre numerosos modelos diferentes la probabilidad de encontrar el más *chic*. Hoy no se puede llevar á la sombrerería la idea de un sombrero determinado, puesto que en los paseos y en los teatros no se ven sino sombreros heterogéneos, pues si el tipo pequeño domina, ¡qué qué extremas diferencias no puede llegar, y no llega, ese tipo de sombreros pequeños!

La compradora de sombreros nuevos entra desorientada en la sombrerería, y allí se desorienta más, porque todos son distintos, más distintos aún que los que ha visto en la calle. Nunca se habrán probado, por lo tanto, tantos sombreros, y nunca habrán elegido el predilecto con más miedo de que, al llegar á casa y probarse, fría é imparcialmente, el sombrero elegido, se queden defraudadas y problemáticas. Indudablemente, este será el tormento de esta temporada: después de elegido uno, el *otro* y el *otro* y el *otro*, y todos los que quedan en la tienda se disputarán la predilección de la elegante.

COLOMBINE



CORNELIO SAAVEDRA

Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, virrey del territorio del Río de la Plata, comunicaba á los pueblos del virreinato, en proclama de 18 de Mayo de 1810, las tristes noticias que, referentes á la invasión francesa, habían sido traídas de la metrópoli por una fragata mercante inglesa que algunos días antes había arribado de España.

El efecto que la proclama produjo en el vecindario de Buenos Aires fué verdaderamente indescriptible.

Paisanos y militares pidieron á las autoridades se les informase con mayor detalle acerca del estado verdadero de los asuntos de España, para saber si todavía subsistía la autoridad de Fernando VII en el virreinato.

Los Sres. Lezica y Leyva, alcalde y síndico de la capital del Plata, expusieron al Cabildo, el día 21, estas reclamaciones de los habitantes de Buenos Aires, agregando que el virrey había citado á gran número de ciudadanos principales para que dieran su opinión acerca de los acontecimientos que motivaban la agitación general. Agregaron también dichos señores que habían indicado la conveniencia de que se redoblasen las guardias en las bocacalles que conducían á la plaza, para contener todo tumulto y no permitir la entrada más que á los que presentasen la esquila de la convocatoria.

Encargóse del cumplimiento de esta orden al comandante del batallón de patricios, D. Cornelio Saavedra, distinguido militar que gozaba de gran

prestigio entre los ciudadanos de la capital del virreinato.

Mientras el Ayuntamiento comunicaba á Saavedra las medidas más oportunas para que no se alterase el orden, no cesaban en la plaza las tumultuosas voces del pueblo, que pedía á gritos se le entrase de cuanto se había acordado y se depusiera al virrey Cisneros. Viendo que la actitud de los amotinados se hacía más y más levantisca por momentos, encomendóse á Saavedra despejase la plaza haciendo retirar al pueblo, lo que consiguió gracias á sus exhortaciones, más que á la tropa que le acompañaba.

Convocóse, pues, á los más notables vecinos, en número de 450, para las nueve de la mañana del siguiente día 22, en la galería principal de las Casas Capitulares. Reunidos bajo la presidencia del Cabildo, leyéronse las comunicaciones cambiadas entre el virrey Cisneros y la Corporación, procediéndose á recoger el voto de cada uno. Comoquiera que la operación durase hasta las doce de la noche, acordóse continuar la sesión en el siguiente día 23, á las tres de la tarde, para suscribir el acta con la computación de los votos.

Así se hizo, en efecto, acordando los allí reunidos que debía el virrey abandonar el mando, quedando únicamente como presidente; cargo que el Cabildo le confería en nombre del pueblo argentino.

Avínose Cisneros con todo lo acordado, y por su encargo se convocó á todos los comandantes de la capital, los que hicieron presente que el deseo del pueblo era saber que el virrey había cesado y que el mando lo ejerciera el Cabildo solo, ó bien la Junta que se nombrara, con lo cual solamente se lograría calmar el tumulto.

El Cabildo del día 24 resolvió que al virrey, como presidente vocal del Ayuntamiento, se agregasen, como adjuntos, los Sres. Dr. D. Juan N. de Sola, presbítero; D. Juan José Castelli, abogado; el comandante D. Cornelio Saavedra y D. José S. Ichaurregui, formando la Junta provisional, que mereció la aprobación de los comandantes de los Cuerpos armados.

Acordóse que inmediatamente se instalara la nueva Junta, citándose para el mismo día, á las tres de la tarde, á los señores que la constituirían, al objeto de que prestasen juramento.

Pero no satisfizo al pueblo nada de lo acordado; su deseo era que á todo trance cesara Cisneros en el ejercicio de toda autoridad, por lo que, á las nueve de la noche, los individuos de la Junta provisional resolvieron el nombramiento de otra nueva Junta de gobierno, á cuyo fin reunióse el Cabildo, dispuesto esta vez á no ceder en las decisiones últimamente acordadas.

Tal era el estado del conflicto, cuando el pueblo, cansado de aguardar, y no fiándose de lo que pudiera acordarse en el Cabildo, invadió tumultuosamente las Casas Capitulares, y una Comisión de sus diputados presentóse á los reunidos para exponer las quejas de los asaltantes.

Oídas que fueron sus manifestaciones, y visto el mal cariz que el movimiento popular presentaba, renunció Cisneros sus poderes, y en 25 de Mayo de 1810 quedó nombrada la primera Junta de gobierno independiente de la metrópoli, formada por D. Cornelio Saavedra, como presidente; D. Juan José Castelli, D. Manuel Belgrano, D. Miguel Azcuena, D. Manuel Alberti, D. Domingo Matheu y don Juan Larrea, como vocales, y D. Juan José Passo y D. Mariano Moreno, como secretarios.

Después que hubo jurado solemnemente la nueva Junta, ocupando puesto bajo dosel en el Cabildo, retiráronse sus individuos á la «Fortaleza», antigua residencia del Gobierno, acompañados de todo el vecindario de Buenos Aires, y atronando el espacio el repique de las campanas y las salvas de artillería.

El día 28 juraron las tropas y quedó definitivamente consagrada la soberanía popular en el virreinato del Río de la Plata.

Como acaba de indicarse, fué D. Cornelio Saavedra quien presidió la primera Junta de gobierno independiente de la metrópoli, considerándose en la historia de esta República como al primer jefe de la nación argentina.

L. URBEZ

“La Mutual Latina” Córdoba Asociaciones de Ahorro

Los primeros pagos que efectúa á sus asociados



D. Rafael Ceballos Barrena, beneficiario que cobró el primero de todos, al abrirse los pagos al grupo del año 1906



Salón habilitado para efectuar los pagos de supervivencia en “La Mutual Latina”



Beneficiario suscribiéndose de nuevo, voluntariamente, satisfecho del crédito de “La Mutual Latina”

El grupo de 1906 lo forman 713 beneficiarios, que cobran á razón de **MIL pesetas en efectivo metálico** por cada parte de 600 pesetas

LA

"VALET" Auto Strop Safety Razor

EL MODELO "B", AJUSTABLE,

nos da, al afeitarnos, la impresión de una caricia, ya que sus pases por las mejillas, por dificultosa y fuerte que sea la barba, tienen siempre los suaves toques del terciopelo, y sin peligro de cortarse se consigue, con sin igual prontitud, un afeitado fino y limpio, superior al del más experto barbero. La sencillez misma, sin pieza alguna suelta y su limpieza es perfecta é instantánea.

Automáticamente

suavizase á sí misma, y cada hoja VALET, afeitándose diariamente, da incomparable servicio muchos meses.

De venta en las más lujosas Perfumerías, Camiserías y objetos finos para regalo, de España.

Exclusividad para España y Portugal:

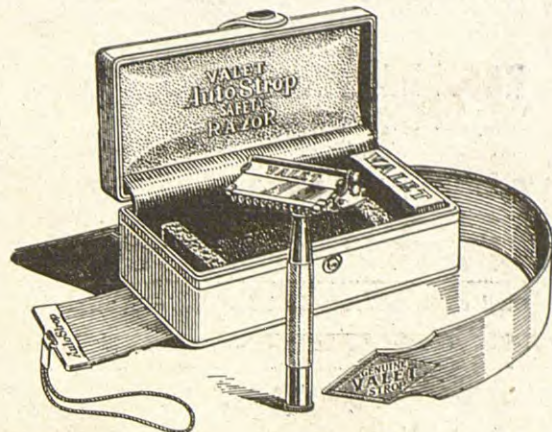
ANTONIO CHAVELI

35, Alberto Aguilera, 35
Apartado 616

Teléfono J. 867

MADRID

En hermoso estuche de cuero negro y terciopelo color, ó en níquel, 12 hojas de repuesto y su suavizador, pesetas 27,50.



De **JOSÉ TORAL** PARA EL DESCANSO, poesías LA CADENA, interesantísima novela Edición de RENACIMIENTO A 3,50 Y 4 PESETAS EN TODAS LAS LIBRERÍAS

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran
lujo

PARA EL 1.º Y 2.º TOMO DEL AÑO 1917

A 4 pesetas el juego para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)

HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos á provincias añádanse 0,40 para franqueo y certificado

COMPRO DEHESA

FRANCISCO SEGOVIA, 20 á 50 mil duros, con arbolado encina.—Peñuelas, número 10 —A. Carbones.—Teléfono: M. 604.

"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:

ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 698, Buenos Aires

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.ª, únicas personas autorizadas.

OBRA NUEVA EL AÑO ARTÍSTICO 1917

POR
JOSÉ FRANCÉS

Un tomo de 430 páginas, en papel couché, con más de 300 grabados y cubierta á todo color y oro,

11,50 ptas. en rústica y 13 ptas. encuadernado

EN TODAS LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

"El mérito de una señorita está en su sonrisa"



y la Crema Dentífrica de Colgate perfecciona la sonrisa.

Dos veces al año ha de examinar el dentista vuestros dientes; dos veces al día debéis limpiarlos con un cepillo y la Crema Dentífrica, en forma de cinta de COLGATE. Esta preparación dentífrica da resultados seguros; limpia perfectamente los dientes y los bruñe dándoles su natural blancura. No tendréis que evitar el sonreiros si usáis la preparación dentífrica de Colgate.

Se vende donde compráis vuestros artículos de tocador.

COLGATE & CO.

Establecidos el año 1806.

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

PARÍS Y BERLÍN
Gran Premio y Medallas de Oro

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que *quita de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, etc.*, sin perjudicar el cutis. 5 pesetas.

RHUM BELLEZA (á base de nogal). Gran vigorizador del cabello, dándole el brillo de la juventud. *Quita las canas y las evita.* Cabeza sana y limpia de caspa. Es inofensiva hasta para los herpéticos. 5 pesetas.

POLVOS BELLEZA Alta novedad. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. *Blancos, Rachel, Naturales, Rosados y Morenos.* 2,50 y 4 pesetas caja, según tamaño.

En Perfumerías de España y América

CREMAS BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. *Blancura y hermosura* del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas. (blanca, rosada y natural). 4 pesetas.

TINTURA WINTER Con una sola aplicación desaparecen las canas; *cabello, barba ó bigote*, hermoso castaño ó negro. Es la mejor. 6 pesetas.

LOCION BELLEZA La mujer y el hombre rejuvenecen. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con *arrugas, granos, erupciones; barros; pecas; manchas y asperezas*, la bendicen. Es inofensiva. 5 pts.

En HABANA: droguerías de SARRÁ y de JOHNSON. En BUENOS AIRES: calle-Cerrito, 393. **FABRICANTES:** Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).



LÓPEZ HERMANOS "Los Leones" - MÁLAGA

Propietarios de las marcas Barón del River, Adolfo Pries y Cia. y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Únicos fabricantes del incomparable **ANIS MOSCATEL**, dulce y seco.

Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Coñac, Ron, Ginebra y Licores. Jarabes para refrescos. Gran Vino Kina San Clemente.

Debido á la anomalía de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores, pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente garantidos del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confíen. Para más detalles, pidanse catálogos.

EVITANSE
TRATANSE
CURANSE
TODAS LAS ENFERMEDADES

DE LAS
Vias Respiratorias
con el empleo de las

PASTILLAS VALDA

ANTISEPTICAS

Pero no se responde del éxito sino empleando

LAS VERDADERAS PASTILLAS VALDA

EXIJANSE PUES

en todas las farmacias

En CAJAS de à Ptas. 1.50

con el nombre VALDA en la tapa
y nunca de otra manera

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER et C^o,
BARCELONA.

Fórmula: 0.002
Menthol: 0.005
Eucaliptol: 0.005
Azúcar-Goma.

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE
Pedro Closas

ARTICULOS PARA LAS ARTES
GRAFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21
BARCELONA

RAMOS



Especialidad en bisoñés de caballero y postizos con raya natural, patentado para el último peinado.

Huertas, 7, Madrid

ANGEL BARRIOS
DENTISTA

Diplomado en Filadelfia.
Dientes artificiales, sistema americano, fijos
75, ATOCHA, 75

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, tá dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

Fruta laxante refrescante
contra el

ESTREÑIMIENTO

Almorranas, Bilis,
Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca

TAMAR INDIEN GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée
y en todas las farmacias

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA